

CRISTIANDAD



42 RAZON DE ESTE NUMERO

cordemos aquel pasaje de San Pablo: «Por lo que toca al Evangelio son enemigos por bien vuestro, mas según la elección son muy amados de Dios a causa de los padres». No estará de más que tratemos hoy de este tema: «Jesucristo, Rey de los judíos», que, aun teniendo importancia por si solo, puede servir como preparación para el próximo número que dedicamos a otra cuestión más candente si cabe y más actual por ser más amplia y abrazar a todos los pueblos que en el momento presente se debaten en el «clima» de una inquietud que ya va dando una tonalidad característica a nuestra época. Esta otra cuestión a que nos referimos y que ocupará, Dios mediante, las columnas de nuestro próximo número, se resume en la afirmación: Jesucristo, Rey universal.

«Jesucristo, Rey de los judíos». Al poner ahora de relieve esta expresión, que afirma rotundamente la realeza de Jesucristo sobre el pueblo reprobado, no intentamos otra cosa que colocar en el plano de actualidad que le corresponde y que indudablemente tiene, dicha afirmación.

La apoyarán no ya unos pobres comentarios o artículos nuestros, sino una serie de textos, riquísimos en contenido, los cuales son en realidad los que comentan y glosan la frase nuclear del número.

Pero la frase no sólo tiene esta clase de actualidad. Hay además la actualidad que le proporciona la festividad más grande de la liturgia: La Natividad de Jesucristo. «Dijoles el Angel: No temáis, os anuncio una gran alegría, que es para todo el pueblo: os ha nacido hoy, un Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David. Y esto tendréis por señal: encontraréis el niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre», (San Lucas, 2).

Jesucristo es el Mesías, y este texto que narra la presentación de Jesucristo a los judíos confiere a aquella afirmación — en la festividad que celebramos el 25 de diciembre — esa otra actualidad.

Después del **Editorial: El siglo del pacifismo y de las guerras mundiales** (págs. 537 y 538) publicamos, con ocasión de tratar el tema a que antes aludíamos, un interesantísimo discurso del Dr. Llovera, que lleva por título **Raimundo Martí, un teólogo español del siglo XIII** (págs. 539 a 543) en el cual se estudia la figura y la obra polémica de este teólogo español en pro de la conversión de los judíos. A continuación siguen los textos a que antes aludíamos con el título general **Jesucristo, Rey de los judíos** (págs. 544 a 547).

En la otra parte del número, presentamos dos artículos alusivos a la Natividad de Nuestro Señor: **Navidad** (páginas 553 y 554), por José Selgas, y **El sermón del pesebre** (pág. 550), por Adolfo Clavarana, seguidos de unos versos de Lope de Vega: **Pastores de Belén** (págs. 548 y 549) y **La caja del Niño Jesús** (pág. 550) y otro de Gómez Manrique: **Yo vos denuncio pastores** (pág. 552).

Completan el número un delicado sermón de San Vicente Ferrer sobre la Inmaculada (pág. 555), que no nos fué posible incluir en el número anterior.

En la misma Sección de Documentos publicamos la **Carta colectiva que los Obispos desterrados de Lituania dirigen a todo el orbe católico** (págs. 556 a 558).

Por último, el **Comentario internacional: Al finalizar el año 1945** (págs. 558 a 560), por José Oriol Cuffi Canadell en la Sección **A la luz del Vaticano**.

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday.



E N P R E N S A

LA VUELTA A LOS ALTARES

por Luis Creus Vidal

Tenga presente este título

No olvide esta publicación

Nota de la Dirección

La persistencia de las restricciones en el consumo de energía eléctrica en estos últimos meses y que, gracias a Dios, parece tiende a aliviarse, ha sido la causa de que se fuera demorando la salida de los números de CRISTIANDAD hasta llegar al retraso con que han aparecido los del mes de diciembre.

Sin embargo es nuestro deseo poder llegar en breve a la debida puntualidad de publicación a lo cual contribuirán en gran manera, tanto la atenuación dispuesta en las restricciones, como el regular funcionamiento de un generador instalado últimamente en nuestros talleres.

No dudamos contar con la comprensión de nuestros lectores, que una vez más nos favorecerán con su perdón y benevolencia.

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

SUSCRIPCIÓN:

Anual 48'00 ptas.

Semestral . . 24'00 "

Número ordinario: 2'50 ptas.

“El Siglo de las Misiones”

REVISTA
MENSUAL
ILUSTRADA

Benedicida por SS. SS. Benedicto XV, Pío XI y Pío XII

Apartado 211

B I L B A O

CRISTIANDAD

NÚMERO 42 - AÑO I

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446

BARCELONA

15 Diciembre de 1945

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 25875

MADRID

Al finalizar el año II de "CRISTIANDAD"

El siglo del "pacifismo" y... de las guerras mundiales

«Esperamos la paz, y este bien no vino; el tiempo de la curación, y he aquí el terror... (Jer., 8, 15).

Esperamos la luz, y he aquí las tinieblas; y la justicia y no viene; la salud, y se ha alejado de nosotros. (Is. 59, 9, 1).

Nuestro siglo, que va acercándose ya a la mitad de su carrera, parece llamado a pasar a la historia como el Siglo de las Grandes Guerras mundiales. Y, sin embargo, nunca se habló tanto de pacifismo, de leyes internacionales, de organización de la paz. Extraña paradoja cuyo profundo sentido encierra la gran tragedia de nuestros tiempos.

Pues, en verdad, nunca fué tan deseada la paz o, por lo menos, nunca su necesidad fué más sentida que en este siglo de las guerras universales. La paz, se ha llegado a decir, o la destrucción de la humanidad... Y este anhelo, esta necesidad de paz, no es sólo un sentimentalismo superficial, o un mero formulismo a la moda; responde a una exigencia vital, tan hondamente arraigada, que constituye una de las tendencias sociales más características de nuestros tiempos. Bajo la bandera del "pacifismo" oficial, que ha venido a ser el lenguaje "diplomático" del siglo, se ocultan y disimulan, es cierto, viejos y nuevos designios de dominación; pero este mismo disimulo, esta misma hipocresía, ¿no son, al fin y al cabo, un tributo, una concesión obligada, a aquel anhelo universal? De ahí el afán de justificar las alianzas, y aun la guerra misma, con fines "pacíficos": fundar un nuevo orden milenario, crear una nueva era de paz, asegurar la libertad y la justicia a todos los pueblos..., porque, pese a las mayores inconsecuencias, todos —amigos y enemigos— se ven obligados a rendir a estos ideales el homenaje, más o menos sincero, de su adhesión.

Ideales de paz, de justicia, de libertad, en suma, de fraternidad universal, desconocidas por el mundo antiguo; ideales que el Cristianismo aportó a nuestra civilización, y que, aun desfigurados y desnaturalizados por el orgullo de los últimos siglos, la parte de verdad que aún conservan permite que nuestra civilización pueda llamarse todavía una civilización cristiana. Y es tal el poder de la verdad que, aún esta parte ha bastado para despertar de su milenario letargo a los pueblos de Oriente. Dios quiera que este despertar no sea para el mundo una nueva tragedia.

Porque nuestra civilización es hoy una "civilización cristiana" sin Cristo. Hay en ella todas las aspiraciones, tendencias y hasta exigencias que el Cristianismo prendió en la sociedad, pero le falta Cristo, el único que puede saciar estas apetencias, colmar aquellos ideales sociales. De ahí la tragedia de nuestro siglo. Si pudiera acallar estas inquietudes, si pudiese ahogar estas exigencias, volviendo al paganismo, "podría aún encontrar una especie de reposo social en la esclavitud en todos los grados. Pero desgraciadamente, o felizmente, no es dado a una sociedad que ha nacido cristiana el caer en este estado: ella está condenada a morir, si no quiere vivir de su vida propia; y esta necesidad que hace su supremo peligro, constituye también su recurso supremo" (A. Nicolás. "Del Protestantismo, en su relación con el socialismo", pág. 166). De ahí que estas mismas tendencias sociales constituyan, según el Padre Ramière, una de las bases de las esperanzas de la Iglesia.

El retorno a Cristo de la llamada "civilización cristiana" es, pues, el único remedio de esta sociedad. Por esto —como anunciamos en el primer número del año— el tema que ha venido a centrar nuestra atención durante el mismo, ha sido la lucha secular entre los defensores y los impugnadores del Reino de Cristo: Cristianización, Descristianización, Recristianización. He ahí, en el fondo, el gran problema de la historia, y por ende el de mayor y más palpitante actualidad de nuestros días.

Cristianización, Descristianización, Recristianización

Triple tema que hemos ido y seguiremos entrelazando en nuestras columnas, a semejanza de cómo ha ido desarrollándose en la vida real. Pues, si bien estas tres fuerzas vienen operando simultáneamente a lo largo de la historia, desde la constitución de la Iglesia, con todo, miradas en su resultado, bien puede decirse

que la acción cristianizadora fué la predominante en Europa hasta el final de los siglos medios, como la acción descristianizadora es la que, por desgracia, prevalece y domina en la Edad Moderna.

Así los núms. 23 y 35 señalan dos momentos culminantes de la cristianización de Europa, simbolizados por dos figuras insignes: Santo Tomás, cumbre de la filosofía cristiana medioeval, y San Bernardo, nombre que llena el siglo XII, quizás el más exquisito de la Edad Media.

Mas en el seno de la sociedad medioeval —representada por el Sacro Imperio Romano Germánico, viga maestra del edificio de Europa constituido en unidad cristiana— incubaba ya una de las causas que, andando el tiempo, había de dar el predominio a la acción descristianizadora: El Cesarismo, cuyo tema iniciamos en el núm. 27, dedicado a hacer resaltar la continuidad del Imperio de los Césares a través del Sacro Imperio, la vocación providencial de este último, en parte servida, en parte traicionada, y su caída en 1806, por obra de la Revolución, que rompió los moldes del mundo cristiano para entronizar una nueva concepción anticristiana de la sociedad. Cuya concepción —insistíamos en el núm. 25— tiene sus más hondas raíces en aquel mismo Cesarismo, que a pretexto de libertar a las iglesias, las arrojó a los pies del César y a través de la pseudo-teocracia de los reyes y de las teorías rousseauianas del Pacto social, deslizándose por la rápida pendiente del racionalismo del Siglo de las luces y de la Revolución francesa, ha venido a parar a la total convulsión de nuestros días.

Pues esta descristianización, como no podía de menos, ha ido invadiendo todos los campos. De ello es consecuencia lo que sucede en lo económico-social, donde el choque de los egotismos ha engendrado estas dos teorías, aparentemente antagónicas, pero en el fondo hermanas, como hijas que son del materialismo: El amoral Liberalismo Económico, y el Comunismo ateo, que hemos tratado respectivamente en los núms. 24 y 31.

Y, lo que es aún peor, el confusionismo producido por esta orgía de la razón humana, ha llegado a infiltrarse incluso en las mismas filas católicas, disimulado el error bajo formas mitigadas, causando en ellas bajas tan sensibles como la del Abate Lamennais, cuya triste defección estudiamos en el número 41.

Pero la Iglesia puede ser combatida, jamás vencida. Así frente a esta ola de descristianización vemos surgir en los modernos tiempos una fuerte acción recristianizadora, de la cual —en diferentes grados y aspectos— son ejemplo las preclaras figuras del Beato Claret, del Cardenal Newman, y de nuestro poeta Verdaguier, a los cuales dedicamos los núms. 38, 36-7 y 34.

Sin embargo, por fuertes y poderosos que sean éstos y otros adalides, que la fecundidad inagotable de la Iglesia produce en todos los tiempos, nuestra esperanza —¿por qué no decirlo?, nuestro optimismo— no se apoya en su fuerza, en lo que tiene de humano, sino en la fuerza omnipotente de Aquel que dijo “tened confianza, que yo he vencido al mundo” (Juan, 16-33). Por ello, en este año, como en el primero, y como en los futuros, los números más representativos de CRISTIANDAD serán siempre los dedicados al Espíritu Santo, al Sagrado Corazón y a Cristo Rey. He ahí —usando de la frase de Cisneros—, he ahí nuestros poderes.

Mandato de Su Santidad Benedicto XV

Conscientes de nuestra debilidad, pero seguros de la fuerza omnipotente de estos poderes, nos lanzamos a la ardua empresa de esta Revista sin pretensiones científicas, y menos magistrales. “Cuando CRISTIANDAD —decíamos— quisiere ilustrar a sus lectores con autoridad magistral, halla un recurso efficacísimo, ciertamente bien compatible con su humildad y modestia, y de este recurso se vale en todos los números: el recurso de convertirse en altavoz de la palabra autorizada de los Romanos Pontífices, de los Sagrados Doctores, de los autores aprobados por el sufragio cristiano” (R. Orlandis. CRISTIANDAD, n.º 27, página 194).

No hay que mirar, pues, la sección de documentos de nuestra revista como un simple apéndice o una mera ilustración de la sección de artículos. Al contrario, aquéllos son y constituyen el núcleo central, la parte esencial y principal de cada número, sirviéndole éstos sólo de marco de presentación o de complemento. Quien así no lo viera, no podría comprender nuestro propósito, y menos aún la intención que anima esta revista.

Nuestra acción sólo puede ser eficaz si está estrechamente unida a la Iglesia, fundada en la roca incommovible de Pedro, a cuyo Primado dedicamos el número 30 de este año. Por esto CRISTIANDAD tomó por norma, desde un principio el mandato de S. S. Benedicto XV, que publicamos en su primer número, y con el que vamos a terminar hoy la última Editorial del año.

“Que ni en libros, periódicos o discursos ningún particular se arrogue, en la Iglesia, la condición de maestro. Todos saben, ciertamente, a quién ha encomendado Dios dicho magisterio: a él sólo le corresponderá el pleno derecho de hablar con libertad cuando quisiere; y es deber de los demás el escucharle con deferencia y prestar atención a cuanto dice.”

“Sin embargo, en modo alguno está prohibido a nadie, quedando a salvo la fe y la disciplina, sostener el pro y el contra, expresar y defender lo que opina, en aquellas cuestiones en las cuales la Santa Sede no haya emitido su dictamen. Pero que se procure alejar de tales disputas el apasionamiento de lenguaje. Fácilmente podría desprenderse de aquél grave detrimento para la caridad. En buena hora defienda cada uno libremente su parecer, pero con moderación; y absténgase, por sola esta causa, de acusar de sospechoso en la fe o de faltar a la disciplina a quienes sostengan opiniones contrarias a la suya propia.”



Raimundo Martí, un teólogo español del siglo XIII

EL «PUÑAL DE LA FE» Y LA CONVERSIÓN DE LOS JUDÍOS

La figura interesantísima de Raimundo Martí, teólogo español del siglo XIII, es recogida y estudiada en la profunda disertación del canónigo Dr. LLOVERA que tenemos el honor de ofrecer en este número.

Raimundo Martí es un teólogo y a la vez un esforzado polemista cuya obra fundamental va orientada hacia la conversión de los judíos y musulmanes, siguiendo el camino ejemplar emprendido por San Raimundo de Peñafort. Por eso encaja perfectamente en el presente número, dedicado en su mayor parte a manifestar el sentido de la expresión: *Jesucristo, Rey de los judíos*.

Por su extraordinaria extensión dividimos el discurso del Dr. LLOVERA en dos partes. Hoy damos la primera; Dios mediante, seguirá la segunda y última en el próximo número.

Un requerimiento de nuestro Prelado venerable, que aun transmitido en forma de deseo, tenía para mí fuerza y valor de mandato, me ha puesto en el trance de continuar en este Congreso para el Progreso de las Ciencias, la serie de oraciones inaugurales de la sección Teológica, abierta en el de Cádiz del pasado año por el Muy Ilustre Doctoral de aquella Diócesis. La labor de la Iglesia en pro de las ciencias, así sagradas como profanas, dió materia al prebendado gaditano para su docta disertación. Al tratar de planear yo esta mía modesta, después de largas vacilaciones en la elección de tema, que, infortunadamente para mí, se han trasladado en los programas de este acto, parecióme que, tratándose de un Congreso celebrado en esta ciudad de Barcelona, y habiendo existido aquí una de las más relevantes figuras medievales en el campo de la teología y de la controversia apologética—sobre la cual han llamado modernamente la atención buen número de distinguidos escritores, pero en el estudio de cuyas obras quedan todavía muchas cuestiones abiertas—no estaría fuera de lugar dedicarle en esta ocasión el homenaje de un singular recuerdo. Movíronme a esta resolución dos principales motivos: el alto valor de ejemplaridad que en la producción de este hombre insigne se destaca, sobre todo para los apologistas de nuestros días, y el vivo interés que de tiempo siento yo por él y que, años ha me impulsó a procurarme uno de los rarísimos ejemplares de su obra capital, no parando hasta haber tenido la buena suerte de obtenerlo.

Raimundo Martí

Os estoy hablando del egregio hijo de Subirats, Ramón o Raimundo Martí, gloria purísima de la Orden Dominicana y ornamento de esta Ciudad Condal, donde en plena flor de juventud vistió el hábito de los frailes predicadores y donde se formó en las ciencias sagradas y llevó los sazonados frutos de su preclara inteligencia y de su erudición rayana en el prodigio.

No voy a presentaros su biografía, pobre en datos en extremo, puesto que sólo sabemos que su vida se deslizó probablemente entre los años de 1230 y 1284; que en 1250, a los veinte de edad, por decisión de sus superiores, se dedicó de lleno al estudio de las lenguas orientales; que, con otros varones insignes tomó parte en la revisión de las blasfemias de los libros talmúdicos por designación de Jaime el Conquistador, en 1264; que, más tarde, con su hermano de hábito, Fray Sendra, pasó a Túnez y obtuvo conversiones numerosas, regresando en 1269 a nuestra tierra, donde parece que permaneció habitualmente hasta su muerte, rehuyendo por humildad los honores reales y trabajando en la redacción y escritura manual de su obra maestra.

Raimundo Martí y Raimundo de Peñafort

Al nombre de Raimundo Martí va estrechamente ligado el de otro Raimundo, el de Peñafort, gran promotor de la obra de conversión racional de judíos y musulmanes, y activo estimulador de insignes talentos católicos al estudio de las cuestiones candentes que la intersección de la escolástica cristiana con la filosofía judaica y arábiga de aquellos días había planteado, no menos que de los problemas estrictamente religiosos o teológicos que el contacto y la convivencia de gentes de distinta religión positiva hacía inevitables e ineludibles.

tamente religiosos o teológicos que el contacto y la convivencia de gentes de distinta religión positiva hacía inevitables e ineludibles.

Raimundo de Peñafort y la conversión de los judíos y musulmanes

Nota el autor de los prolegómenos a la segunda edición del *Pugio Fidei* (Leipzig, 1687), que San Raimundo de Peñafort siguió en la empresa de convertir a los judíos y otros infieles el camino de la mansedumbre y de la persuasión (pág. 94). Tenía ya este método precedente, clarísimo, en la decisión del Concilio IV Toledano (can. 46, *apud Gratianum*, can. 5, dist. 46), según la cual a nadie en adelante debía hacerse violencia para que creyese. Pero tal decisión conciliar, observada religiosamente en tiempo del Arzobispo de Toledo, Julián, había caído luego del todo en desuso, hasta el punto de que con amenazas, multas pecuniarías, destierro y toda suerte de penas y tormentos, no por la doctrina y el ejemplo, se obligaba a casi todos a recibir el bautismo. Así lo colige el expresado escritor de la tercera ley visigótica (Tit. 3, libro 12, *de Judaeis*), donde puesta por premisa, con evidente falsedad de interpretación, la conocida sentencia del Salvador: *Regnum caelorum vobis patitur*, se establece que “si alguno de los judíos, es decir, de los que todavía no han sido bautizados, demorare bautizarse o no enviare sus hijos o siervos al sacerdote para que los bautice, o substrajere a sí mismo y a los suyos del bautismo, y a contar desde la promulgación de esta ley pasare cualquiera de ellos, aun sólo el espacio de un año, sin la gracia del bautismo, el transgresor de todas estas cosas, quien quiera que tal hallado fuere, recibirá decalvado cien azotes y se le castigará con la debida pena de destierro; y sus bienes pasarán a poder del Príncipe (*res tamen eius ad Principis potestatem pertineant*)”.

El espíritu de San Raimundo de Peñafort en orden a la conversión

Hasta que a Raimundo de Peñafort cupo la gloria de restituir a su vigor prístino las prescripciones eclesiásticas y la práctica antigua, con no menor prudencia que celo en Cristo. El autor anónimo de la vida del Santo, editada en Roma por Peña, auditor de la Rota, así caracteriza su espíritu en orden a la conversión de los infieles y judíos: “los infieles, aun los judíos y sarracenos, admirando la excelencia de su virtud y agradados de la dulzura y racionalidad de sus palabras, manifestaban para con él especial devoción y reverencia, todo inflamado como era en incendios de caridad para procurar la conversión de ellos. Y, acerca de esto, mostrósele de parte de Dios una visión admirable, en la cual el Señor le reveló que los frailes de la Orden de Predicadores habían de ser instrumento de muchas conversiones a la fe católica entre los infieles; por lo cual, enardecido más y más, con licencia del Maestro de la Orden y el auxilio del Señor Rey de Castilla y del Señor Rey de Aragón, procuró que se estudiase la lengua árabe. Así, veinte o más frailes de la Orden de Predicadores, por diligencia suya fueron instruídos en aquella lengua. De lo cual siguióse fruto grandísimo, porque más de diez mil sarracenos se

convirtieron por la predicación de los frailes. Y entre los sarracenos de España y también de Africa, hase divulgado la verdad de la fe cristiana y hallado la aprobación que muchos de ellos, sobre todo los sabios, están dispuestos a recibir la verdad de la fe católica; y los maestros de lengua arábica casi todos, por industria de los frailes, se han convertido. También en la lengua hebrea, con su ayuda, consejo y favor, hanse instruído algunos frailes de tal suerte que pudiesen victoriosamente contrastar las malicias y errores de los judíos, los cuales no pueden ya, como solían hasta ahora, negar osadamente un texto verdadero, ni las glosas de sus antiguos sabios concordantes con nuestros santos en las cosas que pertenecen a la fe católica, ni las falsedades y corrupciones que en muchos lugares de la Biblia habían introducido para ocultar los misterios de la Pasión y los demás misterios (*sacramenta*) de la fe; y, por sus escrituras auténticas, se les demuestra que son falsarios de la verdad. De lo cual resulta gran confusión suya y confirmación de la fe católica." He querido aducir estas palabras, porque ilustran grandemente la posición de Raimundo Martí como teólogo controversista y apologeta.

Raimundo Martí, el más esclarecido de los discípulos

Uno de los frailes, en efecto, cuya formación para la controversia rabinica y arábica debióse al celo ardiente y a la clarividencia de Raimundo de Peñafort, el más esclarecido de ellos, fué precisamente Raimundo Martí. A moción de Raimundo de Peñafort, el Capítulo Provincial de España que los frailes predicadores celebraron en Toledo el año 1250, deseoso de cumplir un mandato del Maestro General Juan Teutónico, asignaba al estudio arábigo a ochocientos religiosos "escogidos de la nación catalana", como asegura Pedro Marsilio, citado por Francisco Diago, cronista aragonés de la Orden —el tercero de ellos era nuestro Raimundo Martí—, reservando para cuanto antes fuese posible completar el número de doce que había sido preñjado. Siguiendo el mismo impulso, debido en máxima parte a San Raimundo de Peñafort, el Capítulo General celebrado en Valencienes, el año 1259, asesorado por una comisión para redactar el Reglamento de Estudios de la cual formaban parte Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, imponía al Provincial de España que estableciese un Estudio o Colegio para aprender la lengua arábica en el Convento de Barcelona, o en otra parte, colocando en él a los frailes de los cuales pudiera esperarse que aprovecharían en este género de estudios para salud de las almas. Unos ocho años llevaría ya dedicado a estos estudios nuestro R. Martí, que sobresalía entre sus discípulos. Por donde es de suponer que fué uno de los elementos con que contó para la organización del nuevo Colegio. De todas suertes, el año 1264, cuatro años después de aquel Capítulo General, catorce años después de haberle asignado al estudio el Capítulo de Toledo, le hallamos formando parte de la Comisión que, por encargo del Rey Jaime el Conquistador, ha de revisar los escritos rabinicos, para que de ellos se borre toda palabra contumeliosa contra Cristo y la Virgen Madre. Componen esta Comisión revisora el Obispo de Barcelona y cuatro frailes predicadores: Raimundo de Peñafort, Arnaldo de Segarra, Provincial cuando el Capítulo de Toledo y confesor de Don Jaime, R. Martí y Pedro Porta. No es aventurado conjeturar que el principal peso de esta revisión cayó sobre R. Martí; y aun modernísimamente reconocen los judíos la moderación de su presunto informe. De esta suerte, dice el Obispo Bosquet, por una providencial disposición de una serie de causas, los más ocultos códigos rabinicos vinieron a manos de Ramón Martí; y él, hábil artífice, pudo con el hierro enemigo fabricar el puñal de la fe que tan glorioso había de ser para la verdad cristiana y tan temible para la judaica perfidia. Por ahí, continúa el mismo escritor, vinieron a ser descubiertos todos los secretos de la judaica impiedad, a servir para el triunfo de la Iglesia las armas de sus enemigos, a ser arrancadas del campo de los infieles las palmas de nuestro triunfo, a ser leídas con pública autorización los escritos hebreos, y a ser instituidas en las acade-

mias cristianas, escuelas y maestros de las lenguas orientales por decisión del Concilio General de Vienne.

Familiarización con la exégesis judaica y expedición a Túnez

Al lado de la sólida formación en la filosofía y teología escolásticas, de que tan eximios maestros tenía la Orden Dominicana, Ramón Martí, por la esbozada serie de hechos que el espacio no nos permite detallar, hab'a sido conducido al conocimiento minucioso y profundo del pensamiento rabinico, a la familiaridad completa con la exégesis judaica. Un nuevo hecho iba, todavía, a ponerle en contacto con la vida del mundo musulmán, del cual conocía ya por sus estudios, el pensamiento. Fué la expedición a Túnez, de que habla el Rey Don Jaime en el párrafo 490 de su Crónica, expedición que se llevó a cabo con objeto de convertir a los filósofos o sabios de la secta mahometana, en la cual tomó parte notabilísima y obtuvo fruto considerable nuestro controversista. Por tales caminos llegó R. Martí a la plenitud de los conocimientos religiosos de su época. De los libros sagrados y de los maestros de la escolástica aprendió el esnocimiento de la sana filosofía y del dogma; en los escritos rabinicos y en el trato con los hebreos, pudo conocer las verdaderas posiciones del judaísmo; los libros de los filósofos árabes y el contacto directo con el mundo musulmán abrieronle clara la visión de la mentalidad sarracena. Cristianismo, judaísmo, islamismo, las tres grandes escuelas religiosas y filosóficas de su tiempo, no tenían para él secreto alguno. Decía el Cardenal Alimonda, sintetizando la preparación necesaria al apóstol de la verdad cristiana: "Leí y medité el Evangelio, observé y estudié a los hombres, y entonces subí al púlpito." Tal pudiéramos decir de nuestro R. Martí. Aprendió y meditó la verdad natural y la verdad revelada, toda la verdad cristiana; estudió y analizó las posiciones enemigas de judíos y sarracenos; y entonces, maestro ya consumado, sentó cátedra.

Las obras de Raimundo Martí

Sus lecciones son sus libros. No nos ocuparemos aquí de su *Vocabulario arábigo*, modernamente publicado, por Sciaparelli. Tampoco de sus diversas *Sumas contra el Corán*, mencionadas por algunos antiguos bibliógrafos y cronistas Haremos. asimismo, caso omiso del *Capistrum Iudaeorum*, que le adjudican diversas fuentes. Ni este *Opus Compendiosum contra Iudaeos*, como le califica Antonio de Sena, ni las antes mencionadas *Sumas* han llegado hasta nosotros. Nos fijaremos en las dos obras teológicas que de él han sobrevivido: la *Explanatio Symboli Apostolorum ad institutionem Fidelium*, cuya primera edición íntegra, sacada del manuscrito de Tortosa, publicó en 1908 en el *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, el P. José M.^a March, S. I., y el *Pugio Fidei adversus Mauros et Iudaeos*, del cual existen sólo dos ediciones impresas: la de Voisin, con comentario doctísimo (París, 1651), y la de Benedicto Carpzov, con notabilísima introducción, publicada por los Herederos de Federico Lanck (Leipzig-Franckfurt), el año 1687.

La *Explanación del Símbolo de los Apóstoles* corresponde exactamente a su título. El autor va explicando, palabra por palabra, el resumen apstólico de la fe cristiana. Pero no sólo explica, sino que, de paso, prueba. Generalmente con autoridades de las divinas Escrituras; por lo cual, en un primer capítulo, después del prólogo, se detiene en demostrar que los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento son íntegros e incorruptos. Pero, en puntos tratados más ampliamente, también con razones teológicas, o aun con razones puramente naturales, a las cuales, empero, evidentemente sólo concede valor de congruencia. Aduce también semejanzas y a veces el testimonio de autores profanos. Hablando de este opúsculo de R. Martí, su editor el P. March, dice: "En realidad es un pequeño, pero completo y jugoso breviario de teología". Y más abajo: "Leída la excelsa obra por vez primera, veremos alzarse soberbia, si somos capaces de comprenderla, toda la magnitud de este breve, pero completo y bellissimo tratado de Religión." El elogio nos parece excesivamente generoso.

La «Explanación del Símbolo», revelación de su temperamento de misionero

La *Explanación del Símbolo* no es, a nuestro humilde entender, un breviario de teología completo, no es un tratado completo de religión. Regiones importantes de la teología quedan allí, no ya sin explorar, pero aun casi sin indicar. La exposición de los atributos divinos, por ejemplo, las nociones sobre gracia y mérito, sobre virtudes y pecados—y muchos otros puntos que omitimos—no son cuales un compendio completo de teología reclama. Quien sólo conociera la *Explanatio Symboli* de nuestro R. Martí, aun enucleando y desarrollando sus doctrinas, quedaría con una instrucción teológica harto rudimentaria. Verdad que no es éste achaque exclusivo del opúsculo que nos ocupa. La *Expositio Symboli apostolorum* del Angélico Doctor nos da una sensación análoga. Muy diferente, en cambio, es la que causa el *Compendium Theologiae* del mismo Angélico, donde realmente nos hubiera dejado un completo breviario teológico, si la muerte no le hubiera impedido terminarlo. Es que en las *Exposiciones del Símbolo* cada autor se proponía un fin especial. Si dejaba puntos interesantes sin tocar no era, naturalmente, porque los ignorase o desdénase, sino porque no entraba en su plan tratarlos. Y en este sentido la *Explanación* de R. Martí no desdice de las más apreciables, y revela ya claramente el temperamento controversista, la educación diríamos hoy “misionera”, la preocupación apologetica y polémica de este autor. Obra, aparte de esto, jugosa y bella, sí, lo es en verdad. He aquí, como muestra, de qué manera declara en el prólogo la condición del conocimiento por la fe: “*Vemos ahora por espejo y en enigma, pero entonces cara a cara*” (I Cor. XII). El espejo de que aquí habla el Apóstol es la fe, por la cual, como por un espejo, es visto, es decir, es conocido Dios, según puede ser visto en esta vida. Enigma llama a la obscuridad aneja a la fe. Porque si bien por la fe conocemos a Dios mientras somos viadores, no, empero, tan lúcidamente como en la gloria, cuando en su propia forma (*per speciem*) le veremos cara a cara. Es pues, la fe, según se ha dicho, como un espejo por el cual vemos de alguna manera a Dios. Pongamos por ejemplo, que se halla uno en una casa pintada con figuras, de tal suerte encorvado y oprimido hacia abajo que no puede levantar la cabeza, y le dicen: “En el techo hay tales y tales pinturas”. Y, como él no puede verlas, le traen un espejo o una jofaina de agua clara; y, tal como de palabra le decían, así las ve por medio del espejo o del agua. Si luego se levanta, verá (directamente) sin medio alguno las pinturas que había visto mediante el espejo. Entonces entenderá que el espejo representaba infaliblemente aquellas pinturas, si bien no con la claridad con que ahora las ve, levantada la cabeza. Semejantemente: mientras estamos en esta vida miserable, de tal suerte estamos oprimidos hacia abajo por la corrupción de la carne y por el pecado, que no podemos ver a Dios sino por medio de un espejo, es decir, por la fe verdadera y pura: porque, como dice San Agustín, la impotente mirada de la mente humana no puede fijarse en tan excelsa luz, si antes por el candor de la fe no es purificada. Y la misma fe con verdad nos muestra, a manera de espejo, cómo es Dios, según puede mostrárenos en esta vida. Y cuando nos despojemos de la corrupción de la carne y estemos en la gloria, entonces entenderemos y conoceremos que la fe infaliblemente nos mostraba la verdad, si bien no tan clara como la veremos entonces, sino a manera de espejo.”

La «Explanación del Símbolo», obra polémica

Siguiendo la *Explanación* de los artículos de la fe, las cuestiones que sucesivamente más atención merecen al autor son las tocantes al culto de las imágenes, a la trinidad de personas —que prueba extensamente con argumentos de autoridad y de razón teológica (seis razones aduce) y por semejanza— y a la naturaleza del pecado, en el primer artículo; a la divinidad de Cristo, en el segundo; a la conveniencia de la Encarnación, al hecho de la misma encarnación o venida del Mesías y a las causas de la ceguera de los judíos, en el tercero; a la realidad de la muerte de Jesús y a su necesidad para la redención, en el cuarto; a la

verdad de la resurrección, en el quinto; a la necesidad de la confesión y a la unidad e indisolubilidad del matrimonio, en el décimo, al tratar de la comunión de los santos, donde da un esbozo de teología sacramentaria, combatiendo especialmente la poligamia; a la conveniencia de la resurrección y condiciones o dotes del cuerpo glorioso, en el undécimo; y al carácter de la felicidad eterna, consistente en el conocimiento y amor de Dios, no en delectaciones corporales, en el último.

El libro, tanto por las cuestiones en que se detiene, como por toda su estructura, más aún que catequético es polémico. Por eso los puntos en que más se fija el autor son aquellos en que la fe católica roza con las doctrinas musulmánicas o rabínicas. Santo Tomás, por ejemplo, al exponer el segundo artículo, no sabe tratar de la divinidad de Jesucristo sin encararse con las grandes herejías antitrinitarias y enantrópicas. Sus adversarios, allí al igual que en el *Compendio de Teología* y en la *Suma contra los Gentiles*, son Fotino, Arrio, Sabelio. Semejantemente, al esbozar —como Martí en el *Dogma de la comunión de los santos*— la teología sacramentaria, espontáneamente se le va la pluma, en el bautismo, a notarlo como sacramento de regeneración, concepto diríamos biológico, que riga toda su concepción sacramentaria y le revela el nexo de unos sacramentos con otros, en cuanto medios de producir, sostener, fomentar, restaurar o propagar la vida sobrenatural. Ramón Martí, ni se eleva a estas grandes visiones de conjunto, ni se fija en los adversarios puramente históricos de la verdad que expone. Su visión es clara y precisa, pero no generalmente honda como la de los sumos maestros; sus adversarios son aquellos con quienes, en la vida, de hecho tiene que combatir.

Algunas citas de la «Explanatio» que manifiestan su carácter polémico

He aquí algunas citas de la *Explanatio*, que señalan inequívocamente la posición apologetica y polémica de nuestro autor. En el capítulo sobre integridad de las Sagradas Escrituras, lo que más le preocupa es convencer de ella a los mahometanos. Así escribe: “*Quod lex et evangelium sunt incorrupta potest ostendi per Alcoranum*” (de lo cual aduce hasta diez argumentos). Y más abajo: “*Quod dicunt quod Christus predixit de Machometo in Evangelio, ubi promisit mittere discipulis Paraclitum, valentes intelligere per Paraclitum Machometum, hoc non potest stare*”. Al tratar de la idolatría, le sale al paso la acusación de idólatras que contra los cristianos lanzan los sarracenos, y se detiene en desvirtuarla como se merece: “*Per hoc... tollitur error Machometi et illorum sarracenorum qui christianis imposuerunt, quod sanctam Mariam et crucem et ymaginem sanctae Mariae et alias ymagines, quas in ecclesiis ad memoriam sanctorum formant, vel pingunt, adorant tanquam Deum*”. Emprende la prueba de la Trinidad, y se da cuenta de que los infieles no se convencerán por argumentos de revelación: “*Verum, quia auctoritates sacrarum librorum non omnes recipiunt sapientes (et) tam fideles communiter quam infideles rationibus acquiescunt, rationes aliquas post auctoritates ad ostensionem sanctae trinitatis in medium proponemus*”. Nota, sin embargo que “*probatio per auctoritates in hac materia fortior est et certior fidelibus*”. Probada la verdad de la Pasión y muerte de Jesús, añade: “*Per ista quae dicta sunt et per evidentiam rei gestae et per successionem generationis et generationis... patet quod ipse Christus in propria persona passus est et mortuus, non alius ei similis loco eius crucifixus est et mortuus, sicut sarraceni delirant*”. Y manifiesta la inanidad y gratuidad de este delirio. Hablando de la confesión, la muestra conveniente con la autoridad de Algacel, que la aconsejaba como una terapéutica del espíritu; y manifiesta la sabiduría de la Iglesia en hacerla secreta, comparándola con la equivocación de Mahoma, que la hizo odiosa, mandando apedrear a los que confesaban en público su pecado de fornicación. Tratando de la unidad del matrimonio cristiano, aduce las conocidas palabras de San Pablo: “*Mulier potestatem sui corporis non habet, sed vir. Similiter autem vir*

sui corporis potestatem non habet, sed mulier". Y subsume: "Et ideo non potest istud dare duabus vel quator, sicut dicit Machometus"; y se detiene en mostrar los inconvenientes de la legislación matrimonial del Alcorán. Niega al cuerpo glorioso los placeres de la gula, y observa: "Et ita adnichilatur fabula paradisi Machometi". Y poco más abajo, motiva así el detenimiento con que prueba la futura resurrección: "Quoniam vero aliqui sapientes sarracenorum negant resurrectionem corporum, ponentes beatitudinem hominis tantum in anima, necesse est ut eius veritas rationibus ostendatur". Siete pruebas aduce, y luego resume: "Cum ergo negare resurrectionem sit injustum et ponere beatitudinem in voluptate carnis sit vile, christiani sequentes Prophetas et Evangelium, credunt resurrectionem corporum, et post resurrectionem negant voluptates carnales tanquam indignas perfectioni status gloriae sanctorum". En la explanación del último artículo, todavía, con la autoridad de Avicenna, de Algacel y de Alfarabio, defiende la preeminencia de las delectaciones espirituales y divinas sobre las corporales. Como se ve, siempre en su espíritu predomina la preocupación polémica. Los judíos, los sarracenos más aún, en la obra que estamos reseñando, —¿pudiera acaso identificarse con alguna de las Sumas contra el Corán, que se dan por perdidas?— son los adversarios que en gran parte orientan el hilo de su exposición.

A veces, con todo, la objeción o prejuicio que hay que combatir se le presenta flotante en el ambiente, sin filiación de escuela; pero es siempre una objeción, no puramente especulativa o teórica, sino viva y real. Un caso notable hay de ello al tratar R. Martí de la omnipotencia de Dios y de la imposibilidad que Dios tiene de obrar el mal.

El «Pugio Fidei», su obra de controversia

Más claramente todavía aparece la finalidad apologética y polémica de nuestro autor en su otro libro, el *Pugio Fidei*, obra notable y casi diríamos única en su género que le coloca al nivel de los grandes controversistas. El copista a quien se debe el manuscrito del Colegio Dominicano de Foix, en Tolosa de Francia, que sirvió de base a la edición impresa, púsole esta nota preliminar: "Advierte diligentemente, oh lector, que esta obra tiene por autor a Fray Raimundo Martí, catalán de la Orden de Predicadores, de buena memoria, que fué clérigo en el latín, grande en las lenguas hebraicas y caldaicas, y que en la Arábica era tenido por filósofo; cuyos restos descansan en el Convento de Barcelona. Este tal y tan grande varón compuso primero diversas Sumas de los sarracenos; después compuso en latín sólo una obra compendiosa llamada Cabestro (*Capistrum*). Pero, considerando la astuta malicia de los judíos, que dan poco valor a todo lo que se les aduce en latín y tienen para ello diversos subterfugios, publicó esta obra que apellidó "Puñal" (*Pugio*); porque puñal es, y espada agudísima, que penetra la ingénita infidelidad de los judíos, si el que la estudia posee la lengua judaica. No se sabe en verdad que otra obra como esta se haya escrito hasta ahora contra los judíos. Y toda ella la escribió en latín y en hebreo por su propia mano, disponiendo en cada página la letra (del texto) tal como aparece en el original, que no se halla ahora en esta provincia. Y advierte que esta obra de poco te servirá, si no la tienes así dispuesta. Porque el latín de sí poco vale contra los judíos, y te da muy alterados los nombres de los libros hebreos, que con nuestras letras no pueden escribirse. Y el hebreo, aunque vale de por sí, pero no te da las conclusiones que el mismo autor intenta sacar, ni por sí solas pueden hallarse fácilmente".

Los judíos, el enemigo más familiar

El propio R. Martí, en el proemio, así se expresa: "Puesto que, según San Pablo, conviene mucho y sienta muy bien que el predicador de la verdad sea capaz de exhortar a los fieles en la sana doctrina y de redargüir a quienes la contradicen; y, según San Pedro, que se halle siempre pronto a satisfacer a todo el que le pida razón de

la esperanza y la fe que cree y predica; y lo contrario es vergonzoso; como, además, según sentencia de Séneca, ninguna peste más eficaz en dañar que el enemigo familiar y ningún enemigo de la fe cristiana más familiar ni más inevitable que el judío, hame sido impuesto que de aquellos libros del Antiguo Testamento que los judíos admiten, o también del Talmud y otros escritos que ellos tienen por auténticos, componga una obra, tal que como puñal puedan tenerla a mano los predicadores y secuaces de la fe cristiana, para cortar a veces en sus pláticas el pan de la palabra divina a los judíos, pero también a veces para pasar a cuchillo su impiedad y perfidia, y matar su pertinacia contra Cristo y su insolente vesania. Confiado, pues, en el auxilio del Hijo de Aquel que fabricó el mundo de la nada, el cual no quiso cumplir su voluntad, sino la del Padre, y mandó obedecer a los Prelados, Príncipes y Mayores, este puñal fabricaré, si no tal como le he descrito, tal por lo menos como sepa y pueda; principalmente contra los judíos, después contra los sarracenos y algunos otros adversarios de la fe verdadera. Y séanme, ruego, excusa de esta empresa temeraria y osada las exhortaciones de muchos de mis hermanos, la buena voluntad que me mueve a hacer algo en promoción y defensa de la fe, y el irrecusable mandato de mi Prelado...

Un doble puñal de la fe contra los judíos

"La materia de este puñal por lo tocante a los judíos será doble: primera y principalmente la autoridad de la Ley y los Profetas y de todo el Antiguo Testamento; en segundo lugar, algunas tradiciones que en el Talmud y los Midraschim, es decir en las glosas y tradiciones de los antiguos judíos, he hallado, recogiéndolas como perlas de un gran estercolero con no pequeña alegría, las cuales con la ayuda de Dios trasladaré al latín y las intercalaré según me pareciere oportuno. Estas tradiciones que llaman ellos "Tora shebajal peh" es decir "Ley oralmente recibida" creen y afirman haberlas dado Dios a Moisés juntamente con la Ley en el Monte Sinaí; añaden que Moisés las transmitió a Josué, su discípulo, Josué a sus sucesores, y así sucesivamente hasta que los antiguos rabinos las consignaron por escrito. Creer esto de todas las cosas que hay en el Talmud, dados los innumerables absurdos que contiene, debe reputarse locura de entendimientos precipitados. De algunas cosas, empero, que tienen sabor de verdad y en absoluto transpiran y evocan la doctrina de los Profetas y de los Santos Padres, y, según por este libro constará, expresan de modo muy admirable e increíble la fe cristiana y destruyen y confunden la perfidia de los judíos, no creo que hayamos de disentir de que puedan haberse transmitido de Moisés y los Profetas y otros santos patriarcas, sucesivamente, hasta quienes las escribieron. Es más: en manera alguna podemos pensar que tales cosas les han venido de otra fuente que de los Profetas y santos Patriarcas, por cuanto semejantes tradiciones son de todo punto contrarias a lo que desde los tiempos de Cristo sienten los judíos referente al Mesías y en muchos otros puntos. No había, pues, que rechazar aquí tales cosas, por más que entre gente tan pérfida las hayamos hallado; así como nadie que esté en su seso rechaza la Ley y los Profetas por el hecho de tenerlos ellos. Ningún hombre prudente desprecia una piedra preciosa, aun cuando haya sido hallada en la cabeza de un reptil. Espanto es la miel, y quizás cosa menos digna, de las abejas, que tienen el aguijón venenoso; y no por ello será reputado necio el que supiere aplicarla a usos muy útiles para sí y para los suyos, mientras sepa evitar que el aguijón le dañe. No desechemos, por tanto, las tradiciones de este género, ora por las razones dichas, ora porque nada hallaríamos de tanta fuerza para confutar la insolencia de los judíos, nada tan eficaz para triunfar de su malicia. Finalmente: ¿qué cosa será más agradable al cristiano que el poder fácilmente torcer en mano del enemigo la espada, para que con su propio filo corte su infiel cabeza, o, a imitación de Judit, arrebatarle la cuchilla y con ella decapitarle?"

El «Pugio fidei» no es obra sistemática de Teología

Continúa R. Martí su proemio explicando que en la versión de los textos hebreos no seguirá a los LXX, ni a otro alguno de los intérpretes; y, lo que todavía parecerá—advierete él mismo—mayor presunción, no le detendrá ni aun la veneración al máximo doctor, San Jerónimo, de dejarse caer en alguna tolerable impropiedad de lengua latina, a trueque de dar palabra por palabra, siempre que pueda hacerlo, la traslación del hebreo. Aduce, en apoyo de este su proceder, diversos pasajes del propio doctor Máximo, en que manifiesta igual criterio; y sobre todo el hecho de que en muchos lugares de las Sagradas Escrituras la verdad en favor de la fe cristiana está mucho más llana y perfectamente contenida en el texto hebreo que en la traslación latina; de lo cual da un ejemplo tomado de la profecía de Habacuc.

He querido, con toda deliberación, dar esta extensa noticia del proemio del «*Pugio Fidei*», porque juzgo que las manifestaciones que en él hace el autor dan idea del carácter y de la finalidad y tendencia de su obra, tanto o más que el examen directo de la obra misma. Del espíritu y contextura íntima de un libro, cuando su autor es hombre tan consciente de su empeño como lo era nuestro insigne dominico, sabe siempre más el autor mismo que otro cualquiera que lo estudie, por mucho que ahonde en su estudio. Inútil fuera, pues, buscar en el «*Pugio Fidei*» un sistema completo de teología. No es así como debe enfocarse aquella obra. Excelente como es en lo concerniente a los oráculos mesiánicos—observa justamente Maisoneuve en el *Dictionnaire de Théologie Catholique* (I, col. 200)—, y mostrándose muy al corriente de las cuestiones de su tiempo, ni de ella ni de otras similares, estimables y útiles, ciertamente, es posible extraer un conjunto acabado de principios, un método general, un encadenamiento de pruebas, cuales, por ejemplo, se encuentran en la *Summa contra Gentes*, de Santo Tomás, que nos proporciona el primer modelo de una defensa verdadera y rigurosamente científica. Nótese de paso como Maisoneuve parece declararse por la prioridad del «*Pugio Fidei*» con relación a la *Summa contra Gentes* del Angélico.

La opinión de Menéndez y Pelayo

Marcelino Menéndez y Pelayo, uno de los primeros que en sus *Heterodoxos* concedió a nuestro autor la atención debida, fijándose sobre todo en la primera parte del *Pugio*, después de notar que su doctrina es la misma de Santo Tomás, pero expuesta con cierta originalidad y con profundo conocimiento de la filosofía semítica, afirma que en España no se escribió mejor tratado de Teodicea en todo el siglo XIII. Aparte de otras reservas en la aceptación de este juicio, no nos parece que la primera parte del *Pugio* deba considerarse precisamente como un tratado de Teodicea, sino simplemente como un manual de controversia sobre algunas cuestiones de Teodicea debatidas en el ambiente filosófico y religioso en que se movía el autor; como también la segunda y tercera son un prontuario de controversia sobre cuestiones mesiánicas y teológicas debatidas en el mismo ambiente. La motivación del elenco de cuestiones tratadas no es nunca, en R. Martí, el nexo lógico o la exposición sistemática y completa de las ideas y doctrinas. Son los errores de los adversarios que tiene enfrente, en cuanto se oponen a la fe cristiana. Su objeto, según ha indicado ya claramente en el proemio, es combatir ante todo a los judíos con sus propias armas, después a los sarracenos y otros adversarios de la fe verdadera.

Plan del «Pugio fidei», los «temporales» o epicúreos

He aquí como, más en detalle, en el capítulo primero del primer libro planea su obra: «Aunque la turba de los que andan fuera del camino de la verdadera fe y de la verdad es, en cierta manera, incomprensible e infinita, puede con todo de algún modo agruparse en dos secciones. Porque todos los que están fuera de la órbita de la verdadera fe o bien son gente que tienen ley (*positiva*) o bien no tienen más ley que la natural. Ahora los que no tienen ley aunque también son infinitos, pueden sin gran dificultad reducirse a tres clases; por-

que o son *temporales*, o *naturales*, o *filósofos* y los que como tales se presentan. Y los que tienen ley, o se jactan de tenerla, o son *judíos*, o *cristianos*, o *sarracenos*. Los *temporales*, por muchos llamados epicúreos o carnales, por cuanto son secuaces de Epicuro, a quien llamaron puerco los filósofos; porque afirmaba que el placer corporal del cuerpo es el sumo bien, y negaba la existencia de Dios, como dice Algazael en el libro llamado *Almonkidmin Addalel*. Con el cual concuerda lo que dice Papias con estas palabras: «Epicuro afirmaba que el placer corporal es el sumo bien, decía que ninguna providencia gobierna el mundo, y que sólo existen los cuerpos; que el alma nada es sino cuerpo...». Así Papias hablando de Epicuro. Cuya infamia no calló David, diciendo: «*Dijo el necio en su corazón: no hay Dios.*» Y qué secuaces tenga, se manifiesta en lo que sigue: «*Corrompiéronse, abominables tornáronse en deseos y obras; no hay quien obre bien.*» «Tú—añade R. Martí—estas cosas oyendo, observa cuidadoso a los denigrados por tales señas, y raros serán los que halles bajo el cielo que no puedas contar entre los epicúreos y temporales.»

Los «naturales»: «Nada tiene el hombre más que la bestia»

En cuanto a los *naturales* (como dice Algazael en el libro *El que saca del error*), así han sido llamados los que contemplando las cosas sensibles, tales como la disposición de las plumas en las aves, de las escamas y aletas en los peces, de las flores, hojas, frutos y semillas en las hierbas y los árboles, de los nervios, venas, arterias y miembros en los animales y, sobre todo, en el cuerpo humano; fijándose, luego, en las propiedades, colores, sabores y hermosura de todas estas cosas, viendo en algunas de ellas vida, en otras, además de vida, el sentido del tacto, en otras todos los sentidos de vista, oído, olfato, gusto y tacto; y considerando sus estupendas astucias e industrias, hallan tal cúmulo de maravillas que se ven compelidos a confesar que existe Dios. Pero, pasando más adelante, y advirtiendo que los hombres son en casi todo semejantísimos a los demás animales, y que el alma racional sigue en la mayor parte la complexión del cuerpo, pensaron que, al destruirse la complexión del cuerpo queda totalmente destruida también el alma racional. En persona de los cuales habla Salomón en el Eclesiastés (III, 19): «*Porque la suerte de los hijos de Adán y la suerte de las propias bestias, ciertamente es una misma suerte; como la muerte del uno, así la muerte del otro; un mismo espíritu (aliento) tienen todos (ambos); y nada tiene el hombre más que la bestia, porque todo es vanidad.*» Esta impía creencia de los tales, que en persona de ellos así profiere Salomón, muchos con esas palabras, pero todos con sus pésimas costumbres y obras, afirmaron y afirman insolentemente; de lo cual fuera necesario seguirse que ni hay premio para los justos ni pena para los impíos después de la muerte. Por lo cual Algazael dice (I. c.): «Destruída en sus corazones la fe, suéltase de su cabeza el freno del temor de Dios y siguen sus concupiscencias, al estilo de la bestias irracionales, precipitándose a todos los crímenes y maldades, y sumergiéndose en toda suerte de fealdad y voluptuosidad, sólo que puedan hacerlo sin árbitros ni testigos». Y van comprendidos en esta secta no sólo hombres de letras que investigan sutilmente semejantes doctrinas, sino infinitos millares de millares de rústicos y de otros hombres del mundo. Y si alguno ignora quiénes sean estos tales, atienda a las obras de cada uno; porque según testimonio de Cristo (Math. VII) no puede el buen árbol llevar malos frutos, ni viceversa; y por tanto por los frutos, es decir, por las obras, mandó Jesús que conociésemos a todos. Revelan, pues, la incredulidad de los impíos, aún callándola ellos, sus malas obras. Porque naturalmente, como dijo un sabio, huímos de lo que tememos y buscamos lo que amamos. Y por ende si creyeran los malvados que en la otra vida se les castigaría con eterna pena y eterna miseria, sin duda huirían ahora de la maldad, como dijo Horacio:

«Corres, mercader, diligente, a las Indias remotas,
olas pasas, y escollos y ardores, huyendo ser pobre».

(Epíst. I, I, vv. 45-46).

(Continuará, Dios mediante, en el próximo número).

Jesucristo, Rey de los judíos

«Y sobre su cabeza pusieron escrita su causa:
Este es Jesús, el Rey de los judíos.»

(Mt. XXVII, 37)

La numerosa muchedumbre que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús llegaba a Jerusalén, tomaron ramos de palmeras y salieron a su encuentro gritando: «¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor, EL REY DE ISRAEL».

(Jo. XII, 11-13).

Díjoles Pilatos: «¿A vuestro rey voy a crucificar?» Contestaron los príncipes de los sacerdotes: «No tenemos más rey que el César.» Jo. XIX, 15).

Y todo el pueblo contestó diciendo: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» (Mt. XXVII, 25).

No deja de tener actualidad el que glosemos ahora, con ocasión de la festividad más grande que celebra la Cristiandad, la frase que encabeza, titulándolas, las páginas que seguirán.

En realidad no se trata de glosar ni una frase, ni unas páginas, sino más bien presentar unos cuantos textos que por sí solos comentan, explican y glosan el titular.

Nuestra modestísima pluma no tiene nada que añadir: únicamente conducir a través de ellos.

No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel

Saliendo de allí Jesús, se retiró a los términos de Tiro y de Sidón. Y he aquí que una mujer cananea, procedente de aquellos lugares comenzó a gritar, diciendo: Ten piedad de mí, Señor, hijo de David, mi hija es malamente atormentada del diablo. Pero El no le contestaba palabra. Los discípulos se le acercaron y le rogaron, diciendo: despidela, pues viene gritando en pos de nosotros. El respondió y dijo: NO HE SIDO ENVIADO SINO A LAS OVEJAS PERDIDAS DE LA

CASA DE ISRAEL. Mas ella, acercándose, se postró ante El, diciendo: ¡Señor, socórreme! Contestó El y dijo: no es bueno tomar el pan de los hijos y arrojarlo a los perrillos. Mas ella dijo: cierto, Señor, pero también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Entonces Jesús le dijo: ¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como tu quieres. Y desde aquella hora quedó curada su hija.

(San Mateo, cap. XV, vers, 21 a 28).

«Los discípulos instan a Jesús; importunados por el llanto clamoroso de esta mujer, le ruegan que se desentienda de ella, lo más cierto, concediéndola lo que suplica: «No he sido enviado —replica el Señor— sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel». Esta misión exclusiva la afirmará frecuentemente Cristo, cuando, en vísperas de la Pasión, los paganos piden ver a Jesús a su entrada en Jerusalén, no se atreven a abordarle directamente, y se dirigen a Felipe, que avisa a Andrés, y los pasan el recado a Cristo; Este, sin responder fijamente, les da a entender que sólo por su Pasión y su muerte «atraerá a todos a sí» (Jn., XII, 22-23). Un poco antes, el mismo evangelista transcribe el sermón del Buen Pastor: «Tengo además otras ovejas que no son de este redil; y es menester que yo las traiga; y oirán mi voz, y se harán un solo aprisco y un solo pastor» (XI, 16).»

(Lebreton - «La vida y doctrina de Jesucristo»)

Siete siglos antes de Jesucristo, Isaías, el magno profeta del pueblo escogido, en sus visiones inspiradas, señala la misión del Redentor y distingue el llamamiento del Mesías a su pueblo como premisa del plan general de redención.

Recogemos algún fragmento de sus poemas que al mismo tiempo que elevan con sus arrebatos líricos impresionan por su realismo profético.

«Pero tú, Israel, eres mi siervo; yo te elegí, Jacob, progenie de Abraham, mi siervo. Yo te traeré de los confines de la tierra y te llamaré de las regiones lejanas, diciéndote: Tú eres mi siervo, yo te elegí y no te rechazaré. —No temas nada, que yo estoy contigo; no desmayes, que yo soy tu Dios. Yo te fortaleceré, yo vendré en tu ayuda, y con la

mano de mi justicia te sostendré.—Confundidos serán y cubiertos de ignominia todos los que te persiguen. Serán reducidos a la nada, aniquilados, los que contienden contigo.—Buscarás, y no hallarás a los que te aborrecen, serán reducidos a la nada los que te combaten.—Porque yo, Yave, tu Dios, fortaleceré tu diestra; y yo te digo: Nada temas,

yo voy en tu ayuda.—Nada temas, gusanillo de Jacob, coquito de Israel; Yo te haré como agudo rastrillo, nuevo y armado de dientes. Irás, trillarás y pulverizarás los montes,

y desharás en menuda paja los collados.—Los bieldarás, y el viento los aventará, y el huracán los dispersará. Y te regocijarás en Yave, y te glorificarás en el Santo de Israel”.

(Isaías, XLI, 8-16).

Después del castigo, Israel será liberado por el Rey Mesías

El pueblo que andaba en tinieblas vió una luz grande; sobre los que habitanban en la tierra de sombras de muerte resplandeció una brillante luz.—Multiplicaste la alegría, has hecho grande el júbilo, y se gozan ante tí, como se gozan los que recogen la mies, como se alegran los que se reparten la presa.—Rompiste el yugo que pesaba sobre ellos, el dogal que oprimía su cielo, la vara del exactor, como en el día de Madián.—Y han sido echados al fuego, y devorados por las llamas, los zapatos jactanciosos del gue-

rrero y el manto manchado de sangre.—*Porque nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo, que tiene sobre su hombro la soberanía, y que se llamará Maravilloso consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz, —para dilatar el imperio y para una paz ilimitada, SOBRE EL TRONO DE DAVID Y SOBRE SU REINO, para afirmarlo y consolidarlo en el derecho y la justicia, desde ahora para siempre jamás. El celo de Yave Sebaot hará esto. (IX-1 a 6).*

(Introito a la misa de Navidad).

El Reino del Mesías, reino universal y de paz

Y brotará una vara del tronco de Jesé, y retoñará de sus raíces un vástago.—Sobre el que reposará el Espíritu de Yave, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor de Yave.—Y pronunciará sus decretos en el temor de Yave. No juzgará por la vista de ojos, ni argüirá por oídas de oídos,—sino que juzgará en justicia al pobre, y en equidad a los humildes de la tierra. Y herirá al tirano con los decretos de su boca, y con su aliento matará al impío.—La justicia será el cinturón de sus lomos, y la fidelidad el ceñidor de su cintura.—Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará con el cabrito, y comerán juntos el becerro y el león, y un niño pequeño los llevará.—La vaca pacerá con la osa, y sus crías se echarán juntas, y el león, como el buey, comerá paja.—El niño de teta jugará junto a la hura del áspid, y el recién destetado meterá la mano en la caverna del basilisco.—No habrá más ya daño ni destrucción en todo mi monte santo, porque estará llena la tierra del conocimiento de Yave, como llenan las aguas el mar.

En aquel día el renuevo de la raíz de Jesé se alzaré como estandarte para los pueblos. Y le buscarán las gentes, y será gloriosa su morada.—En aquel día, de nuevo la mano del Señor redimirá al resto de su pueblo, a lo que reste de Asur y de Egipto, de Patros, de Cus, de Elam, de Sennaar, de Hamat y de las islas del mar.—ALZARÁ SU ESTANDARTE PARA LAS NACIONES, Y REUNIRÁ A LOS DISPERSOS DE ISRAEL, Y JUNTARÁ A LOS DISPERSOS DE JUDÁ, DE LOS CUATRO CONFINES DE LA TIERRA; y ya Judá no será más enemigo de Efraím, y serán destruídos los enemigos de Judá. Y no envidiará ya más Efraím a Judá, y Judá no será más enemigo de Efraím.—Y se lanzarán contra la costa de los filisteos a occidente, y juntos saquearán a los hijos de oriente; Edom y Moab les servirán, y los hijos de Ammón les estarán sujetos.—Y secará Yave la lengua de mar de Egipto y levantará con fortaleza su mano sobre el río, y herirá sus siete brazos, que podrán pasarse a seco.—Y abrirá camino a los restos de su pueblo, a los que quedarán de Asur, como lo abrió para Israel el día de su salida de Egipto.

(XI-1 a 16).

Este plan de apostolado con los judíos lo continuaron después de Jesucristo, por unos años, los Apóstoles, encargándose sólo San Pablo (el advenedizo) de los gentiles. Mas al rechazar los judíos en su gran mayoría el mensaje mesiánico, vino el apostolado de los gentiles, valiéndose de los elegidos judíos, los Apóstoles.

Pero, como dice San Pablo, «los dones y la vocación de Dios son irrevocables» y bajo este prisma es como debe interpretarse el siempre de actualidad problema judío. Nadie mejor que el mismo San Pablo ha dado la verdadera y única solución a la cuestión semita. Transcribiremos un fragmento de su *Carta a los Romanos* en que claramente se pone esto de manifiesto.

La reprobación de los judíos no es total

Según esto, pregunto yo: ¿Pero es que Dios ha rechazado a su pueblo? No, cierto. Que yo soy israelita del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha rechazado Dios a su pueblo, a quien de antemano conoció. ¿O es que no sabéis lo que en lo de Elías dice la escritura, cómo ante Dios acusa a Israel: “Señor han dado muerte a tus profetas, han arrasado tus altares, he quedado yo solo, y aún atentan contra mi vida”? ¿Pero qué le contesta el oráculo divino? “Me he reservado siete mil varones que no han doblado la rodilla ante Baal”.

Pues así también en el presente tiempo ha quedado un resto, en virtud de una elección graciosa. Pero si por gracia, ya no es por las obras, que en este caso la gracia ya no sería gracia.

¿Qué, pues? Que Israel no logró lo que buscaba, pero los elegidos lo lograron. Cuanto a los demás, se han encañecido, según está escrito: “Dióles Dios un espíritu de aturdimiento, ojos para no ver y oídos para no oír, hasta el día de hoy”. Y David dice: “Vuélvase su mesa un lazo y una trampa, y un tropiezo, y su justa paga; oscúrezcense sus ojos para que no vean, y doblegá siempre su cerviz”.

La reprobación de Israel

Pero preguntó: ¿Han tropezado de suerte que del todo cayesen? No, ciertamente. Pues gracias a su transgresión obtuvieron la salud los gentiles para excitarlos a emulación. Y si su caída es la riqueza del mundo, y su menoscabo la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más lo será su plenitud! Y a vosotros, los gentiles, os digo que mientras sea

apóstol de los gentiles, haré honor a mi ministerio, por ver si despierto la emulación de los de mi linaje y salvo a algunos de ellos. *Porque si su reprobación es reconciliación del mundo, ¿qué será su reintegración sino una resurrección de entre los muertos? Que si las primicias son santas, también la masa; y si la raíz es santa, también las ramas.*

Y si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo acebuche, fuiste injertado en ella y hecho partícipe de la raíz, es decir de la pingüedad del olivo, no te engrías contra las ramas. Y si te engrías, ten en cuenta que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pero dirás: las ramas fueron desgajadas para que yo fuera injertado. Bien, por su incredulidad fueron desgajadas, y tú por la fe estás en pie. No te engrías, antes teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará.

Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad para con los caídos, para contigo la bondad, si permaneces en la bondad, que de otro modo también tú serás desgajado. Mas ellos, de no perseverar en la incredulidad, serán injertados, que poderoso es Dios para injertarlos de nuevo. Porque si tú fuiste cortado de un olivo silvestre y contra naturaleza injertado en un olivo legítimo, ¡cuánto más estos, los naturales, podrán ser injertados en el propio olivo! Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no presumáis de vosotros mismos: *Que el endurecimiento vino a una parte de Israel, hasta que*

entrare la plenitud de las naciones; y entonces todo Israel será salvo, según está escrito: "Vendrá de Sión el Libertador, para alejar de Jacob las impiedades. Y esta será mi alianza con ellos, cuando borre sus pecados" (1).

POR LO QUE TOCA AL EVANGELIO, SON ENEMIGOS POR BIEN VUESTRO; MAS SEGÚN LA ELECCIÓN, SON MUY AMADOS DE DIOS A CAUSA DE LOS PADRES, QUE LOS DONES Y LA VOCACIÓN DE DIOS SON IRREVOCABLES. Pues así como vosotros algún tiempo fuisteis desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por su desobediencia, así también ellos, que ahora se niegan a obedecer, para dar lugar a la misericordia a vosotros concedida, alcanzarán a su vez misericordia; *pues Dios nos encerró a todos en la desobediencia, para tener de todos misericordia.* ¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios y cuán inescrutables sus caminos! Porque "¿quién conoció el pensamiento del Señor? ¿O quién fué su consejero? ¿O quién primero le dió para tener derecho a retribución?" Por que de El y por El y para El son todas las cosas. A El la gloria por los siglos. Amén.

(Epístola a los Romanos, San Pablo, cap. 11).

Esta es la clave del problema judío:

POR LO QUE TOCA AL EVANGELIO SON ENEMIGOS...
MAS SEGUN LA ELECCION SON MUY AMADOS DE DIOS A
CAUSA DE SUS PADRES.

Finalmente copiamos de la obra de Holzner «San Pablo» su relato de la Carta a los Romanos que nos ayudará a situar la época, razón y alcance de esta Epístola clave de la Teología paulina, cifra y compendio de toda Teología de la Historia.

San Pablo, apóstol de los judíos

La cordialidad con que San Pablo había sido recibido por sus fieles macedonios, había refrescado maravillosamente sus fuerzas vitales, de modo que pudo pensar en nuevas empresas. Una observación que hay en la carta a los romanos (15, 19), indica que extendió sus viajes hasta *Iliria* (Dyrrhachium, hoy Durazzo). Iliria era entonces un concepto muy amplio, y comprendía todo el país costero de Dalmacia hasta el Epiro. Parece que fundó también en Nicópolis del Epiro una comunidad, en medio de la cual pasó diez años más tarde su último invierno. A principios del invierno del año 57 se acercó de nuevo San Pablo al Archipiélago, donde le aguardaban los diputados de las comunidades, para acompañarle por Corinto a Jerusalén: Sópatro de Berea, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Tíquico y Trófimo de Efeso, Gayo de Derve, Timoteo Lucio y Jasón. En Corinto le esperaba otro grupo de amigos. Era el más brillante estado mayor de compañeros de combate que jamás apóstol alguno había llevado consigo. A vista de semejante séquito se formaron los corintios un concepto de la importancia universal de su apóstol. San Pablo habitó esta vez en la casa espaciosa de Gayo, hospedero suyo y de toda la comunidad, a quien él mismo había bautizado (I Cor. I, 14; Rom. 16, 23).

Ahora, pues, estaba otra vez San Pablo en Corinto en la hospitalaria casa de su amigo, y podía darse a sosegada consideración, mirando atrás a su actividad misionera de veinte años y reflexionando sobre los maravillosos caminos de Dios con el linaje humano, sobre las más íntimas experiencias de su alma y sobre la suerte de su pueblo. Aquí en el punto de división del Oriente y Occidente su mirada también se dirige involuntariamente a Roma, aquella ciudad que desde hacía años había estado como un lejano punto brillante en el horizonte de su vida, siendo el blanco de sus anhelos. No le atraía el encanto de la gran capital, que fascinaba los ojos de todo provinciano, sino dominábale una especie de presentimiento de que Roma debía estar destinada por la Providencia para centro de la Iglesia. Parecía como si su obra del Oriente estuviese ya terminada. En todos los centros de tráfico se había establecido el cristianismo. La ulterior difusión sobre el país llano era ya sólo cosa de tiempo. "Desde Jerusalén en rededor hasta Iliria he terminado la predicación del Evangelio... Ahora ya no tengo

ningún campo de trabajo en estas regiones". Para entender esto, hemos de pensar en el espacio despoblado del Imperio romano, el cual con su mala política demográfica, a pesar de una décupla extensión, no contaba más habitantes que la Alemania actual. Ahora San Pablo concibe el plan de trasladar al Occidente el punto de gravedad de su actividad. La Roma dominadora del mundo, hace nacer en su espíritu la gran concepción de una *Iglesia universal*, católica. Sólo un pensamiento le hace vacilar: Fiel a su principio, no quiere edificar sobre fundamento ajeno. Sabe que en Roma ya está puesto un fundamento apostólico. Esto puede referirse solo a San Pedro. Como Claudio, que había expulsado a los judíos de Roma, murió en el año 54, podría San Pedro, acompañado de su mujer (en el lenguaje de los primeros cristianos llamada "hermana"; I Cor. 9, 5) y de su intérprete Marcos, haber llegado a Roma hacia el año 55.

San Pablo tenía necesidad de Roma como de *punto de apoyo* para su ulterior actividad en Italia y España: "Pues así espero, cuando haga el viaje a España, veros al pasar y recibir vuestro acompañamiento para allá". ¡Verdaderamente, un trabajo hercúleo para un hombre que se envejece, llevar sobre sus hombros el orbe cristiano! Esperó solo el mes en que empezaba de nuevo la navegación; después daría a la fiel diaconisa Febe, que había de partir para Roma en la primavera, una carta para la comunidad de allí, la cual carta debía establecer la unión espiritual y una relación de amistad con esta comunidad central del Occidente. Mas a San Pablo le flotaba todavía ante los ojos un pensamiento más grande. Por el buen éxito de su trabajo era sin disputa alguna el primer hombre de la cristiandad y se sentía mancomunado para fundar la *unidad católica*. En el

(1) — «Mas para Sión vendrá como redentor, para los de Jacob que se convierten de sus pecados, dice Yave. — He aquí mi alianza con ellos, dice Yave: El espíritu mío que está sobre tí; y las palabras que yo pongo en tu boca, no faltarán de ella jamás, ni de la de tu descendencia, dice Yave desde ahora, para siempre».

«Levántate y resplandece, que ya se alza tu luz, y la gloria de Yave alborea para tí; — mientras está cubierta de sombras la tierra, y los pueblos yacen en tinieblas, sobre tí viene la aurora de Yave, y en tí se manifiesta su gloria — Las gentes andarán en tu luz, y los reyes a la claridad de tu aurora.»

(Isaías, LIX, 20-LX, 3)

horizonte oriental había la comunidad recelosa de Jerusalén, agrupada alrededor del Templo, y en el occidental la comunidad romana con su numeroso contingente judío-cristiano y hasta esenio de abstinentes y vegetarianos. A semejantes almas congojosas las llamaba San Pablo las "flacas en la fe" en oposición a las "fuertes". Así San Pablo está reseulto tanto a restablecer con un nuevo viaje a Jerusalén la paz con la comunidad de dicha ciudad, como también a ofrecer a los judío-cristianos de la comunidad romana el ramo de la paz por una carta que ha de mostrarles que él no es ningún renegado infiel a su pueblo, que no quiere privarle de sus promesas, que el desligarse de la Ley no es un acto de infidelidad, y que siente día y noche profundísimo dolor por la suerte de sus hermanos. A esto se añade todavía un tercer fin. San Pablo conocía que se acercaba la vejez. Tenía a veces tristes presentimientos de que su ofrenda para Jerusalén no sería allí recibida por los "santos" de la manera que esperaba, más aún, que sencillamente se metía en la boca del león (Rom. 15, 31). Era, pues, tiempo para dejar a la cristiandad en forma clara su testamento espiritual y poner en cobro la cosecha de ideas que había madurado en él su vida tempestuosa: su Evangelio de los complicados caminos por los que Dios obraba la salud. El gran pensamiento que tocó en la carta a los gálatas, se agitaba todavía en su cabeza. Aquella carta fué más bien un desahogo del corazón apasionadamente movido. Ahora quería considerar tranquilamente las cuestiones y exponerlas en un sistema bien meditado y profundo. Por tanto la carta a los romanos podría llamarse un tratado teológico sobre la cuestión substancial del cristianismo: sobre la *situación nueva del género humano respecto de Dios, creada por Cristo*.

San Pablo había juntado en torno suyo a sus íntimos amigos. Estos podían conocer junto con su autor el origen de la carta, tal como salió fresca de su alma. El esclavo cristiano Tercio tuvo esta vez la alta honra de poder servir de amanuense al apóstol. Con complacencia nota esto al fin de la carta. Después de una introducción hecha en tono solemne anuncia San Pablo en toda forma su tema: "No me avergüenzo del Evangelio; él es una virtud de Dios para la salvación de todos los que creen". Como al apóstol su propia vida, cuando dirige a ella una mirada atrás, se le divide en dos grandes mitades, en el tiempo sin Cristo y en el tiempo en Cristo, así ve él también correr la historia del género humano en dos grandes períodos, que

se agrupan alrededor de dos modelos típicos y espirituales cabezas del género humano: *el linaje humano no redimido antes de Cristo, caído en Adán, y el linaje humano restablecido por Cristo*. Este es el sencillo marco de la grandiosa concepción paulina de la historia del mundo y de la historia de la salvación.

San Pablo en su carta de reconciliación quiere traer la coherencia de la parte judío-cristiana y de la pagano-cristiana, y se defiende contra el reproche de que quería despojar a su pueblo de la bendición de las promesas en favor de los gentiles. Al solo pensamiento de ser un renegado se desgarró su alma, su sentimiento nacional se exalta, su amor al propio pueblo estalla con la violencia de los elementos. Casi siente haber dado sus duras explicaciones anteriores sobre la Ley. La suerte enigmática de su pueblo, que fué por miles de años el portador de las promesas y ahora perdía a su Mesías, aflige a su espíritu. Es un espectáculo conmovedor ver cómo lucha por resolver el misterio a la luz de su doctrina sobre la predestinación y trasladar la contienda de las dos direcciones a un plano superior. Dios no deja que sus criaturas le pidan cuenta ni que abusen de él para estrechos fines nacionalistas. La corriente de amor de la divina gracia que fluye libremente no se la puede hacer entrar por la fuerza en un cauce nacional. Las promesas van dirigidas, no al Israel de la carne, sino al "Israel de Dios". La reticencia del pueblo judío es en cierto sentido una *felix culpa*, pues servirá para la salvación del mundo, por cuanto Israel ha de dejar la precedencia al mundo pagano, como en otro tiempo Jacob a Esaú, por lo cual la entrada de los paganos en el reino debe estimular a los judíos a ser doblemente diligentes. Dios se sirve de la incredulidad de los unos para salvar a los otros, y después salva también a aquellos que por un momento no han correspondido a su vocación. Así procura San Pablo enjugar las lágrimas de su pueblo. Su inteligencia está tranquilizada, pero su corazón padece todavía. Mira el abismo que da vértigo de la eterna predestinación, y, subyugado por esta profunda vista, prorrumpe en esta exclamación de asombro: "¡Oh profundidad de la riqueza y de la sabiduría y de la ciencia de Dios!" En su larga vida desde la hora de Damasco no ha olvidado este asombro: señal de su espíritu juvenil. Este asombro del espíritu ante el *tremendum* de Dios es indispensable al hombre religioso, y en extremo fructífero para la vida religiosa, porque da libertad al espíritu y lo mantiene abierto para la grandeza de Dios.

Remitimos al lector al artículo que Fraxinus Excelsior publicó en CRISTIANDAD, número 5, página 111, en el que bajo el título «San Pablo profeta» comentó esta Epístola.

Repetimos aquí uno de los párrafos finales de dicho artículo que encaja perfectamente en nuestro propósito actual:

«Abramos un periódico cualquiera y comprobaremos que gran parte del mundo se mueve en pro o en contra de los judíos; con razón o sin ella se les acusa en materias muy graves, y muchos de ellos son víctimas de los odios más horribles. En la política, en la banca, en los sumarios de las revistas científicas, los nombres de los judíos acreditan la capacidad de esta raza para ejercer una influencia rectora en toda clase de actividades. Mientras dura su reprobación, son *amados por Dios en atención a sus padres* (Rmo. XI, 28). ¿Puede soñarse acontecimiento histórico más trascendental que esta conversión que profetiza San Pablo?»



PASTORES

...Oyó cerca de la cabaña dos pastores, que con

Lauro

A ti siempre, dulcísima *María*,
a ti mi voz y mi instrumento cante,
esforzando su rústica armonía.

Delio

¿A quién invocaré que me levante
de la bajeza del estilo mío,
en alabanza del divino infante? ?

Lauro

Virgen, ¿qué te dirá mi humilde canto?
dirá que eres oliva, huerto y fuente,
del cielo gloria y del infierno espanto.

Delio

Niño, que ahora luz indeficiente
estás en los cristales de *María*,
a la fe de las almas transparente.

Lauro

Virgen, más clara que la luz del día,
puerta del cielo, celestial Aurora,
de los mortales campos alegría.

Delio

Niño, que imaginado me enamora,
cifrado en la virgínea esfera breve,
que te merece, y te sustenta ahora.

Lauro

Virgen, más pura que la blanca nieve,
que de la boca procedió del austro
quando en los montes la condensa, y llueve.

Delio

Niño, que en esse intacto y virgen claustro
te coronan más luces, que a la estrella,
que va delante del luciente plaustro.

Lauro

Virgen, más que la luna casta y bella,
palma sobre los montes Idumeos,
que el sol corona, y que se viste della.

Delio

Niño David, que a tantos Philisteos
has de cortar el cuello con su espada,
y consagrar al templo los tropheos.

Lauro

Perdona, si mi lyra mal templada,
oh Virgen, no celebra tu hermosura,
de los divinos coros celebrada.

Delio

Perdona, Niño, tú por la blandura
y divina humildad, con que has cifrado
tu sol en esa luna blanca y pura.

Lauro

Delio

Purpúrea Virgen, donde Dios emplea
su saber y poder, ¿quién tan dichoso
te viera al passo de su pobre aldea!

Delio

Lauro, no dudes, que de aquel frondoso
laurel las ramas y las verdes bacas
sembrará por el suelo venturoso.

Lauro

Estáis ahora, corderillas flacas,
no hay hierba, que los ayres del hibierno
arranca a los rediles las estacas.

Delio

Yo la buscára un corderillo tierno,
que aun retozar no sabe, a quien le cría
para la madre del cordero eterno.

Lauro

Yo blanca leche de una oveja mía,
que en la hierba olorosa la cociera,
que por buena se llama de *María*.

Delio

Yo conservados nisperos truxera
en paja y heno, que en el heno y paja
el mundo el fruto de su vientre espera.

Lauro

Un queso tengo yo, que en mi tinaja
aceyte incorruptible le conserva,
que en su humedad la sequedad ataja.

Delio

Puesta en las flechas ponzoñosa hierba,
saliera al monte yo, que no muy lejos
tiene su alvergue una pintada cierva.



DE BELÉN

LOPE DE VEGA

los instrumentos acordados cantaban de esta suerte:

Lauro

No faltarán los tímidos conejos,
o algunos tordos, mirlos y zorzaes,
que vuelan por las hayas y los tejos.

Delio

¡O qué truxera yo de los servales,
que cercan esta fuente, y de aquel monte
madroños, como cuentas de corales!

Lauro

No mereció tu luz nuestro horizonte,
zelosía del sol, hermosa niña,
que mucho que a otro cielo se transmonte.

Delio

Rosa de Jericó, de Engadí viña,
produce ya esse bálsamo precioso,
que de olor celestial los prados cifa.

Lauro

Danos, o palma, esse racimo hermoso,
danos, o fuente, esse crystal divino,
danos, abeja, esse panal sabroso.

Delio

¿Que la l'ena de gracia, Lauro, vino
por nuestro valle? ¿que camine el cielo,
y que no le saliessen al camino?

Lauro

¡Qué linda inteligencia el azul velo
de su Virgen esfera movería,
llevando a Dios la que le traxo al suelo!

Delio

¡Qué notable contento que daría
a su prima Isabel, y a sus pastores,
viendo el cielo portátil de *María*!

Lauro

¡Hai, Delio! ¡qué dulcíssimos amores
debieron de decirle a dulces coros,
dando a sus plantas lágrimas y flores!

Delio

¡Que tenga aquesta tierra dos thesoros,
como *María* y este Niño santo,
y no se rompan sus terrestres poros!

Lauro

Produzca el lirio, el nardo y el acantho,
en vez de coloquintidas el suelo,
que mereció, pastores, favor tanto.

Delio

Discurra el tiempo el variar del cielo,
trayga los siglos, que no habrá ninguno
de tanta dicha y de mayor consuelo.

Ergasto

¿Pastores, no dirá siquiera alguno
de su esposo Joseph alguna cosa
en tiempo de su loor tan oportuno?

Quando alabáis de Jericó la rosa,
¿es mucho que digáis que esta doncella
es del casto Joseph, Virgen esposa?

Quando decís que es pura, intacta y bella,
decid que Dios escoge un hombre puro,
que sirva de Angel para estar con ella.

Que aunque deste castillo es Dios el muro,
siendo el casto Joseph su barbacana,
de la vista mortal está seguro.

Si Dios tuvo en su idea soberana
para madre del Verbo esta doncella,
que le vistió de carne y sangre humana.

También tuvo a Joseph, que está con ella
casa por acuerdo soberano,
que desde entonces pudo merecella.

Es rama de Jessé, de aquel anciano
tronco del árbol deste fruto inmenso,
que más de un cetro le ocupó la mano.

Que haver venido a tal pobreza pienso,
porque para nacer Dios en la tierra
de aquel claustro santissimo inofenso,

No quiso la riqueza vil que encierra
el imperio del mundo, sino casa
que la adorne un cepillo y una sierra.

Mas porque ya la oscura noche passa
huyendo al mar del Alfa presurosa,
que assoma el blanco pie con luz escasa:

Y de la boca celestial de rosa
vierte las perlas, que las hojas beben,
de verse tan gentil vanagloriosa.

Quando a esos prados las ovejas lleven
los de aquestas cabañas, cantaremos
lo que a Joseph nuestros ingenios deben.

Entonces sus grandezas pintaremos,
si puede ser que a tantas alabanzas,
como merece y tiene, alguna demos
conforme a las futuras esperanzas.



El sermón del Pesebre

Por Adolfo CLAVARANA

¿Quién lo escucha hoy?

Muy pocos.

La nota saliente de las humanas aspiraciones fué siempre la tendencia al engrandecimiento, pero hoy, rotos en muchas partes los frenos del Evangelio, esa tendencia raya en el delirio.

En vano sale del portal de Belén el doloroso vagido del divino niño que con elocuencia sobrehumana, predica envuelto entre pajas y sumido en voluntarios abatimientos, aquella doctrina que tiende a expresar esta estrofa sencillísima:

Baja si quieres subir
Sufre si quieres gozar
Muere si quieres vivir
Pierde si quieres ganar.

Esta voz no se escucha y como si ahora resonase por primera vez en los

oídos humanos el "seréis como dioses" *eritis sicut dii* de la serpiente paradisiaca, un mundo ignorante de su propia historia, estúpido y enloquecido por una llamada ciencia nueva, ni es nueva, ni es ciencia, ni lo ha sido jamás; pretende por lo visto realizar el mitológico sueño de los antiguos Titanes conquistando individual y socialmente el cielo de la felicidad humana no por el camino de la cruz, sino por la escala de los modernos progresos naturales, piedras amontonadas para formar la nueva torre de Babel.

¡Pobre humanidad! que poco ha aprendido en seis mil años de lección; ¡qué poco en casi dos mil años de profecías cumplidas, de promesas realizadas, de ejemplos palpables capaces de disipar las más densas tinieblas!

¡Pobre humanidad que vuelta de espaldas a la cueva misteriosa, ya no es-

cucha la voz de los ángeles que cantan!

Gloria a Dios en las alturas.

Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Pero no. Por fortuna, no toda la humanidad desoye la voz del recién nacido. Aún hay sabios verdaderos, reyes de las ciencias, que postrados a sus pies le abren los tesoros de su corazón ofreciéndole el incienso de sus adoraciones, la mirra de su sacrificio y el oro de su amor.

Aún hay humildes que cantan alegres su venida, repleto el corazón de paz y de esperanzas.

Aún queda fe.

Y es de fe que el rugido del infierno no prevalecerá sobre las enseñanzas del pesebre.

La caja del Niño Jesús

LOPE DE VEGA

I

Del árbol Angelín incorruptible,
de tersa plata y de cristal lustroso,
de Oliva, de Setín y oloroso
cedro del monte Líbano apacible;
de las piedras de luz inaccesible
del parto de la tierra más hermoso,
del mismo sol en guarnecer dichoso
al que hasta ahora se mostró infusible.

Caja hiciera a Jesús mi humilde celo;
mas ¿cómo busca la ignorancia mía
árboles aromáticos, del suelo,
oro, plata, cristal, piedras, sol, día,
si la tiene mejor que el mismo cielo
en las puras entrañas de María?

II

Bien sé yo que Angelín incorruptible,
ni el arca de Setín es generoso
lugar a un niño que es Maná sabroso
Dios-Hombre y Hombre-Dios incomprendible;
bien sé que al sol más claro y apacible,
que no digo que al oro poderoso,

al marfil blanco y al cristal lustroso
le mostrara su luz inaccesible;

bien sé que no son piedras de provecho
ni cuantas piedras el Oriente cría;
pero puedo decirlo satisfecho,
que en saliendo del claustro de María
le hiciera caja de su virgen pecho
donde ha de trasladarse el mismo día.

III

No hay oro con esmaltes diferentes,
rubíes rojos, cándidos diamantes,
ni de los orientales elefantes
para terso marfil tan blancos dientes;
no hay tan puros cristales transparentes,
ni crisólitos hay tan rutilantes,
ni perlas en los nácares cambiantes
ni rayos en el sol resplandecientes;
pues todo para Dios es cosa baja,
—incircunscrito, grande y no medido—
porque es en lo infinito la ventaja;
por si ya después de haber nacido,
la grandeza de Dios admite caja,
daréle un corazón arrepenido.



NACIMIENTO DE CRISTO

Tablilla de marfil. (Primer cuarto del siglo XII). Colonia. Museo de Shnütgen

YO VOS DENUNÇIO, PASTORES

GÓMEZ MANRIQUE

Yo vos denunçio, pastores,
que en Bellén es oy nacido
el Señor de los señores,
sin pecado conçevido;
e porque non lo dudedes,
yd al pesebre del buey,
donde çierto fallaredes
al prometido en la Ley.

El un pastor

Dime tú, hermano, di,
si oyste alguna cosa,
o si viste lo que vi.

El segundo

Vna gran boz se semeja
de un ángel reluçiente
que sonó en mi oreja.

El tercero

Mis oydos an oydo
en Bellén ser esta noche
nuestro Salvador naçido;
por ende dexar devemos
nuestros ganados e yr
por ver si lo fallaremos.

*Los pastores veyendo
al glorioso Niño*

Este es el Niño eçelente
que nos tiene de saluar;

ermanos, muy omilmente
le llegemos adorar.

Adoración del primero

Dios te salue, glorioso
ynfante santificado,
por redimir enbiado
este mundo trabajoso:
dámoste grandes loores
por te querer demostrar
a nos, míseros pastores.

Del segundo

Sáluete Dios, Niño santo,
enbiado por Dios Padre,
conçevido por tu madre
con amor e con espanto;
alabamos tu grandeza
que en el pueblo de Israel
escogió nuestra sinpleza.

Del tercero

Dios te salue, Saluador,
onbre que ser Dios creemos;
muchas gracias te fazemos
porque quisiste, Señor,
la nuestra carne vestir,
en la qual muy cruda muerte
as por nos de recibir.



Navidad

Por José SELGAS

Vaya usted a buscar en el cúmulo de glorias humanas que registra la historia del hombre, un aniversario tan permanente, tan espontáneo y tan universal como este que se nos entra hoy por las tristes puertas de la vida.

En vano nos atribuimos el derecho de conceder los honores de la inmortalidad a las grandezas que por un momento nos admiran o nos subyugan, porque es cosa averiguada que, de tejas abajo, es mortal hasta la inmortalidad misma.

Es cierto que todavía pronunciamos nombres y recordamos hechos que la antigüedad nos ha transmitido, y que la historia ha conservado, poco más o menos, como se conservan en los cementerios las losas que cubren los sepulcros; pero esos recuerdos tienen más de erudición que de homenaje.

Ello es que amanece un día como otro cualquiera en el orden de la naturaleza, y un eco que a la vez sale de todas partes, va de casa en casa, de cabaña en cabaña, de palacio en palacio, pronunciando, como quien sabe muy bien lo que se dice, esta palabra: *Navidad*; y los ánimos se alegran, los ojos se iluminan, las bocas sonríen, y no hay semblante que, sea la que quiera la procesión que vaya por dentro, no se convierta en el instante mismo en cara de pas-cua.

No se qué particular armonía produce en el oído esa palabra misteriosa, que aquí tiene usted a todo un mundo civilizado echando pie atrás en el camino de sus portentosos adelantos, y, como si despertase del sueño de sus vanidades, alegre como unas castañuelas, salta de regocijo, y, como si celebrara su propio nacimiento, se burla de los sabios que lo corrompen, y, quieras que no quieras, baila en Belén. Porque si *Navidad* no significa la fiesta del alma, si no es el aniversario de la paz entre el cielo y la tierra, no tiene significación ninguna en el orden de las fiestas humanas.

* * *

Así es que retrocedemos la friolera de diez y nueve siglos; parece como que, extraviados en un laberinto que ofrecen los caminos de la vida, volvemos atrás en busca de la senda que hemos perdido. Los ancianos se rejuvenecen, contando sus navidades; las ma-

dres atraen a sus hijos al abrigo de sus brazos, ni más ni menos que si quisieran renovar los vínculos del cariño. Los atraen al calor del hogar y al amparo de la casa, como si así los pusiesen a cubierto de las crueles intemperies del mundo; los niños, ¡bah!; es cabalmente su fiesta; son la vida que empieza, festejando a la vida que no acaba.

Por un misterio particular de este aniversario, acontece que la sociedad se escondió para que aparezca la familia: podría decirse que el mundo se aparta por un momento para abrir paso a la casa.

Fijémonos bien en el singular aspecto de estos días: Los pobres tienden las manos con más confianza, los ricos abren las suyas con más abandono; no hay puerta que no se abra ni bolsillo que se cierre. A la necesidad, tan solitaria y tan triste durante el transcurso de todo el año, la abundancia le abre los brazos; hasta la codicia se hace generosa. Es la época de los mutuos presentes, de los recíprocos regalos; las familias entre sí se festejan, felicitándose unas a otras, como si cada una de ellas celebrase la fiesta particular de un fausto acontecimiento. La familia se recoge en la intimidad del hogar doméstico, al mismo tiempo que la casa se tira por la ventana.

La felicidad pública no ha inventado jamás días más alegres, ni las ciencias sociales días más comunicativos, ni la economía política días más prósperos. Por un movimiento involuntario del corazón, todo es regocijo; por un movimiento, involuntario también del regocijo, todo son plácemes, y, por una prodigalidad inusitada en el resto del año, todo es abundancia.

Es la época en que se renuevan las amistades, se ratifican los afectos, se pagan las deudas y se cortan las cuentas. Cualquiera diría que el género humano ha perdido el juicio, y es cabalmente que lo ha recobrado.

* * *

En las grandes ciudades, la vida egoísta, utilitaria, formularia y desabrida, desaparece, para que pase el abandono de este banquete universal, en que es preciso que todos tengamos cubierto. Diríase que el lujo, tan avaro de su propia ostentación, reconoce por un mo-

mento los derechos de la estrechez y de la pobreza a gozar de los beneficios materiales de la vida.

Por las puertas de Madrid entran como ríos los más preciosos dones de la naturaleza, las más celebradas combinaciones de la industria, encargada de lisonjear los caprichos del paladar y las necesidades del estómago. Peros de Ronda, melones de Montalbán, aceitunas de Sevilla, dátiles de Elche, naranjas de Valencia, de Murcia, de Córdoba, higos de Málaga y Montilla, ciruelas de Yelves, miel de Adra, de Palma del Río y, sobre todo, de la Alcarria, que trasciende a tomillo y romero. La boca se hace agua.

A todo esto, eche usted empanadas de Córdoba, alfajores de Lorca, tortas de Écija, hojaldres de Lucena, roscos de Loja, almíbares de Vitoria, meladas de Orihuela, polvorones de Morón, mazapán auténtico de Toledo y el turrón característico de Jijona. Y allá van embuchados de Extremadura, jamones de las Alpujarras, salchichones de Vich, los incomparables capones de Vizcaya, el cabrito llorón, el cordero de Navarra y la cebada anguila de Tudela, y, en fin, los pavos en bandadas con sus cofías de púrpura, tan insulsos vivos y tan sustanciosos trufados; y, por último, los besugos con sus ojos abiertos, como quien lleva la espina dentro, aun después de muertos y escamados. Los ojos, más impacientes que el apetito mismo, se anticipan a saborear el múltiple aspecto de tan monstruoso *menú*, y el olfato, no menos curioso, busca en el aire lo que hay de más apetitoso en los manjares de la Navidad, como en mesa redonda, ofrece por todas partes al deseo del paladar excitado.

* * *

Pues deje usted a la vista y al olfato recrearse, digámoslo así, a mesa y mantel, y aplique usted el oído a las repetidas explosiones de la alegría común que estalla en las calles, en los portales, dentro de las casas: aquí, allí, arriba y abajo. La zambomba que ronca, el pandero que retumba, las castañuelas que repiquetean. ¿Qué voz no canta? ¿Qué pies no bailan? ¿Qué bocas no ríen? ¿Qué corazones no se alegran?

El aguinaldo, semejante a la lanzadera del telar humano, va y viene, lle-

vando y trayendo el hilo de plata que teje, desde el palacio hasta la choza, desde la opulencia a la miseria, la animación de tanta bulla, de tanta algazara, de tanta alegría, de tanta abundancia.

Aguinaldo quiere decirme *dame*, y quiere decir al mismo tiempo *toma*. Se pide durante todo el año, pero solamente en Navidad se da a todos los que piden. No sé si eso constituye un derecho del pobre; pero ciertamente es un deber del rico. Porque, en fin, ¿qué se celebra? El nacimiento de Aquel que bajó de lo más alto de los cielos a lo más profundo de la tierra, a dar su sangre por el hombre, a redimir la gran miseria del género humano, a traernos para sustento del alma el Pan divino de la Gracia.

Hay en el fondo de este espectáculo, que podemos llamar unánime, algo que se parece al momento en que viajeros, extraviados en las oscuridades del camino, se encuentran sanos y salvos, después de haber pasado el peligro de una catástrofe. ¡Con qué solicitud se buscan! ¡Con qué afán se estrechan! ¡Con qué alegría se reconocen! ¡Con qué generosa prodigalidad se facilitan unos a otros aquello de que cada cual dispone! Es un momento en que no hay tuyo ni mío, en que parece que todo es de todos.

Quiero decir, que en estos días la familia humana, peregrina sobre la tierra, como quien sale de una oscuridad, o escapa de un peligro, se detiene, se reúne, y agrupándose bajo la sombra hospitalaria de un recuerdo que todos los años encuentra en su camino, se abraza en aquella honrosa igualdad que a todos nos hace hermanos, hijos de un Padre, y redimidos por un mismo sacrificio.

Ved cómo las agitaciones de la vida pública se detienen ante el espectáculo de la verdadera vida. Las asambleas políticas enmudecen, porque la ley está hecha y el regocijo común la promulga. Las escuelas suspenden su magisterio, porque la Suprema Sabiduría ha dicho su última palabra. Los tribunales, en fin, se cierran, porque la expiación voluntaria del inocente ha borrado la culpa y ha templado el rigor de la justicia.

Diríase, y puede decirse, que el mundo se vuelve a sí mismo la espalda.

* * *

Pero no es en las grandes ciudades, en que las vanidades humanas despliegan la pompa fugitiva de sus locas opulencias, donde más bellamente se dibujen los contornos del cuadro que el recuerdo de estos días anima.

Hay que apartarse del tumulto de las ambiciones humanas para buscar en el reposo de las costumbres sencillas de la familia cristiana el color auténtico, el color propio de la santa conmemoración que celebramos.

Bajo la amplia campana de la chimenea, suspendida sobre el hogar como un dosel sobre un trono, arde el fuego que se refleja con movibles resplandores en las toscas paredes de la cocina. Dos troncos enormes, animados por el chisporroteo de los sarmientos de los romeros y los tomillos, llamean entre bocanadas de humo, que se escapan presurosas por el hueco de la chimenea, cualquiera diría que por no quemarse.

Allí está el abuelo, con sus setenta navidades, sentado junto al hogar, en el mismo sillón de vaqueta en que se sentaba su padre. Los nietos saltan sobre sus rodillas: es la vida que se levanta sobre los abismos de la muerte.

La hija va y viene, sube y baja, entra y sale; sus pies incansables están a la vez en todas partes, porque sus manos no se cansan de dar. Las puertas de la casa se hallan de par en par abiertas, para que entren todas las necesidades y salgan todos los socorros. No hay miseria olvidada en esta noche que la voz universal llame *Noche Buena*.

La mesa luce en medio de la cocina su mantel blanco como la nieve: frutas que perfuman la estancia y tortas amasadas en la casa, que rebosan miel, anuncian, levantándose sobre la mesa, el momento impacientemente esperado de la cena.

En la pared opuesta al hogar está el Nacimiento. Peñascos de cartón y ramas de ciprés forman el paisaje: el agua inmóvil hace como que se desprende por las laderas del monte, fingiendo remansos en que el cristal engaña a la vista. Arriba una casita solitaria que blanquea medio oculta en la sombra del pinar; más allá un rebaño que pasta. Por la senda que serpentea, siguiendo las irregularidades del barranco, aparecen los Reyes Magos, guiados por la estrella que los encamina al Portal de Belén. Por todas partes aparecen pastores que se apresuran a llevar sus presentes al Recién nacido; y en el fondo de este cuadro que el capricho crea, la imaginación adorna y la fe anima, el humilde establo en que nació el Cordero Divino destinado desde la eternidad al sacrificio de la redención humana.

Jamás gloria de la tierra ha tenido festejo semejante.

El abuelo se olvida de sus años, y, como si empezara a vivir, como si se sintiera renacer, hace palmas con sus

manos temblonas y canta con su voz casi aniquilada; los niños mezclan las suyas a la del anciano y el estrépito de la zambomba, del pandero y de las sonajas aturde la casa.

La familia, en esta noche de común regocijo, no se compone solamente del abuelo, de la hija, de los nietos, del padre que, curtido en las faenas del campo, contempla con la sonrisa de un alma contenta el espectáculo que la rodea. En esta noche, la familia se compone de cuantas personas comen durante el año el pan de la casa. El jornalero que ha cavado la viña, el bracer que labra la tierra, el pastor que guarda el rebaño, el mozo que cuida las mulas, todos son partícipes, todos son iguales, todos son hermanos. Porque esa confusión de estados, esa unión de voluntades, ese acuerdo de sentimientos y esa mancomunidad de corazones, forman el fondo de la fiesta.

Mas no todo es alegre en los regocijos humanos. Falta allí en el cuadro de la familia la madre que tanto animó con su presencia la última Navidad de su vida; el hijo que voló desde la estrechez de la cuna a las anchuras del cielo; el hermano que, lejos de las pacíficas alegrías del hogar, recuerda bajo la intemperie del campamento el calor de la familia.

* *

Navidad quiere decir nacimiento, doble nacimiento, pues vino a la vida mortal Aquella vida sin fin que había de sacar al género humano de la esclavitud de la muerte.

He aquí unos días en que las gentes se buscan como si no se hubiesen visto en mucho tiempo, se saludan, se festejan, y, deseándose todas las felicidades posibles, se despiden hasta la Navidad siguiente, como si no volvieran a verse en todo el año.

Tal es la costumbre; pero en las costumbres suele haber algo más que el mero formulario. Por algo, de que no nos damos cuenta, nos buscamos, nos saludamos y nos despedimos hasta la nueva Navidad, que ha de venir a recordarnos el día en que fuimos rescatados.

Si me es lícito traducir el sentido oculto de esa aparente superficialidad de la costumbre, diré que nos buscamos para recordarlo, nos saludamos para confirmarlo, y nos despedimos para olvidarlo.

Hemos dejado el mundo por un momento; pero el mundo nos espera al otro lado de este recuerdo, tan alegre en nuestro corazón y tan frágil en nuestra memoria.

La Inmaculada

Delicado entre los delicados, escogemos de un sermón de SAN VICENTE FERRER el gran predicador valenciano, un fragmento sobre la Inmaculada Concepción.

Sin embargo, si Adán no hubiera pecado, el género humano no hubiera estado sujeto a la muerte, ni a la corporal ni a la espiritual

El Señor me poseyó desde el comienzo de sus caminos, antes de que fuese creada cosa alguna, desde el principio, desde toda la eternidad he sido constituida. (Proverbios, 8).

Advierte: El Señor me poseyó, es decir, en su voluntad inmutable, en el comienzo de sus caminos, o de las criaturas, o también desde sus designios remotos.

Atiende pues, a las diez razones remotas por las que Dios se propuso crearla a Ella.

Es la primera de todas porque Dios sabía eternamente que había de venir una mujer, Eva, que sería principio y causa de todo mal: puesto que ella fué la primera en pecar. De la mujer arrancó el pecado, y por ella todos morimos (Ecc., 25). Por tal razón Dios se propuso crear una mujer, esto es, la Virgen María, que fuese causa y punto de partida de todo bien. Dios, sin la mujer, habría podido redimir y salvar al hombre, etc.

La segunda razón es porque conocía que la mujer, que había sido causa del mal, siendo virgen había pecado. Por ello decretó que hubiese otra para poder El tomar carne mortal.

La tercera razón es porque la mujer causante del mal, fué desposada. Ni faltó el sacerdote que los desposara, diciendo "creced y multiplicaos" (Gen. 1). Consiguientemente quiso El hacer una mujer virgen y desposada.

La cuarta razón es porque la mujer que era causa del mal había sido incitada y visitada por el ángel malo, esto es, por Lucifer, y la serpiente. Por lo cual determinó que la mujer que era causa del bien fuese saludada por el ángel bueno.

La quinta razón porque habiendo sido la primera (mujer) tentada y engañada, esto es, seducida: "¿Por qué os ha mandado Dios que no comiéseis del fruto de todos los árboles del paraíso?" etc., por ello determinó Dios que la segunda mujer no fuese tentada, sino advertida, cuando el ángel dijo: "El Espíritu Santo descenderá sobre tí", etc.

La sexta razón porque la primera fué inclinada a condescender con el diablo, quiso que la segunda fuese inclinada a consentir a las palabras del ángel: "He aquí la esclava del Señor..." etc.

La séptima razón porque la primera se colmó con el fruto, por haber comido, y en las entrañas maduró. Por lo mismo, quiso que una virgen concibiese fruto, etc. Por donde se dice: "Bendito es el fruto de tu vientre".

La octava, porque así como el fruto comido por Eva fué causa de muerte, de la misma manera el fruto nacido de la Virgen vino a nosotros y fué causa de vida.

La novena, porque por la primera, toda la naturaleza hubo de doblegarse a las miserias y dolores, y por la Virgen vino a nosotros y fué causa de vida.

La décima, porque conocía Dios nuestro Señor que, por la primera, había sido cerrada la puerta del paraíso, pero por la Virgen María embarazada, grávida, había sido abierta de par en par. Por esto la Iglesia canta: "La puerta del paraíso habí sido cerrada para todos nosotros y de nuevo ha sido vuelta a abrir de par en par por obra de la Virgen María". He aquí las razones por las que se dice: "El Señor me poseyó desde el comienzo..." etc.

Mirad, finalmente, con ojos de misericordia a los hijos de aquel pueblo que en otro tiempo fué vuestro predilecto; descienda también sobre ellos bautismo de redención y de vida, la sangre que un día contra sí reclamaron.

(De la fórmula imperada por S. S. el PAPA PÍO XI, para renovar la Consagración del género humano, en la fiesta de Cristo Rey).

Carta colectiva que los Obispos desterrados de Lituania dirigen a los Obispos de todo el orbe católico implorando su mediación para que el pueblo lituano recupere su libertad

Excelentísimos señores: En nombre de la católica Lituania, que en esta guerra ha padecido las mayores adversidades y molestias, nosotros, sus jefes espirituales, nos atrevemos a exponer a vuestras excelencias reverendísimas, y por su intermedio a sus respectivas patrias, las enormes angustias de nuestro pueblo, al mismo tiempo que sus necesidades.

El pueblo lituano, bien conocido por sus insignes hechos en los tiempos pasados, tuvo por casi mil años su Gobierno independiente en aquella parte de Europa en que todavía sigue habitando. En los siglos XIV al XVII Lituania fué grande y poderosa, y se extendía desde el mar Báltico hasta el mar Negro. El pueblo lituano tiene su propia lengua, enteramente diversa de las lenguas eslavas y germánicas; tiene Historia y genios propios. Supo defender su fe católica, ya contra la Reforma protestante que venía del occidente, ya también contra otras falsas doctrinas, y permaneció siempre fiel a la Iglesia católica, como una fortaleza inexpugnable de la misma en la Europa septentrional.

Después de la desmembración de Polonia y Lituania, a fines del siglo XVIII, el pueblo lituano permaneció más de cien años bajo el yugo despótico de Rusia. Pero, después de aquellos tiempos de grandes sacrificios y luchas, tuvo lugar felizmente, con el favor de la Divina Providencia, la restauración de su independencia y libertad política, medio único para crear la situación material y moral que hace posible el progreso de la vida religiosa.

A pesar de todos sus esfuerzos y diligencias por guardar su neutralidad nacional y política, Lituania fué forzada a sufrir mucho en esta segunda guerra mundial. Hace ya más de cinco años que debe soportar atroces ocupaciones extranjeras.

La Unión Soviética, aprovechando la oportunidad que le ofrecía la guerra, después de obtener de la Alemania nazista el previo consentimiento de complicidad para dividir a Polonia, obligó al Gobierno lituano a concluir en el mes de octubre de 1939 un pacto de asistencia mutua, para introducir fuerzas militares soviéticas en el territorio de Lituania.

Ocho meses después, el 15 de junio de 1940, la Unión Soviética, sin culpa alguna por parte de Lituania, alegando acusaciones falaces, rompió el pacto de asistencia mutua y todos los tratados y solemnísimas promesas vigentes, y enviando el ultimátum al Gobierno lituano, ordenó que grandes fuerzas militares ocupasen el territorio del Estado, disolviesen el Gobierno y aboliesen la suprema autoridad legal de la República lituana, para anexionarse poco después páfídamente a Lituania, juntamente con las otras dos Repúblicas bálticas. Antes de que la Unión Soviética anexionase a Lituania, fué roto unilateralmente por orden de Moscú el concordato de la República lituana con la Santa Sede, y el Nuncio Apostólico fué obligado a alejarse de Lituania.

Andando el tiempo, se habilitaron todas las cárceles antiguas y se establecieron otras nuevas, para albergar a muchos millares de lituanos. Fueron encarcelados todos los notables, tanto clérigos como seglares; todos los miembros del Gobierno y todos los que desempeñaban algún oficio algo importante en el Estado o también en las organizaciones culturales y religiosas.

Las afirmaciones de la propaganda moscovita sobre la agregación libre y voluntaria de Lituania a la Unión Soviética son completamente infundadas. Nosotros mismos nos encontrábamos entonces en Lituania y hubimos de sufrir, con todo nuestro pueblo, el cruento terror de las persecuciones, vejaciones y humillaciones. Nadie se cuidaba de explorar

cuál fuese la verdadera voluntad del pueblo; todo se hacía por los emisarios soviéticos del llamado Servicio de Seguridad Pública (G. P. E. - N. K. V. D.), con la ayuda del Ejército rojo soviético.

Verdad es que los comunistas encontraron algunos cooperadores en Lituania, pero éstos fueron poquísimos, personas sueltas; el pueblo en masa permaneció ajeno a todo lo que se hacía.

Pronto se manifestó la verdadera voluntad del pueblo; porque los días 22 al 26 del mismo mes de junio de 1941 se produjo la insurrección universal del pueblo contra los invasores soviéticos, constituyéndose el nuevo Gobierno lituano, compuesto de representantes de todos los partidos patrióticos. Este Gobierno proclamó la restauración de la autoridad pública y la independencia del Estado lituano, decretando la anulación de cualquier régimen soviético.

Pero lo que más se ha de lamentar es que la ocupación germanonazista, que sucedió a la anterior, disolvió inmediatamente el Gobierno lituano restaurado y estableció su propia administración, especialmente la Generalbezirk Lituaen.

La primera ocupación soviética de Lituania, aunque no duró mucho (15-VI-1940 hasta 22-VI-1941), fué, sin embargo, causa de una gran perturbación en toda la vida de nuestro pueblo. Porque la ocupación destruyó la vida religiosa, cultural, social, económica y política. Pero sobre todo nunca borrará el olvido la memoria de los sacrificios de este infausto año en las personas, porque millares de lituanos habían sido muertos, o encerrados en cárceles, o deportados a remotísimas regiones de la Unión Soviética. Solamente en el espacio de tres días (14-17 junio 1941) unas 40.000 personas fueron desterradas, sin hacer ninguna diferencia de edad y profesión, no solamente las aptas para el trabajo, sino también los ancianos, las mujeres y los niños. Todos ellos eran encerrados en vagones de ferrocarril destinados ordinariamente a transporte de animales, sin darles alimentos y ni siquiera agua. No pocos de estos infelices murieron en el viaje, en las estaciones de ferrocarril de las fronteras de Lituania, donde esos vehículos permanecieron inmóviles por muchos días. La suerte de los demás desterrados nos es desconocida. Por las poquísimas cartas de los deportados llegadas a Lituania se supo que los hombres fueron enviados a los campos de concentración para realizar obras serviles y que las mujeres fueron enviadas a las oficinas o destinadas a las labores del campo: los niños, separados de sus padres, fueron encerrados en asilos soviéticos.

Estos fueron los principios de la exterminación de los pueblos bálticos decretada por la Unión Soviética. En los documentos secretísimos encontrados a raíz de la repentina abolición del régimen soviético aparece que se decretó en Moscú deportar en breve tiempo a lejanas regiones de la Unión Soviética unos 700.000 lituanos.

Aunque el trienio siguiente de la ocupación germánica (1941-1944) no fué tan cruel como el año de la ocupación soviética, sin embargo también este tiempo fué para nuestro pueblo un verdadero vía crucis. Los lituanos católicos hubieron de padecer mucho, tanto por su espíritu contrario al nazismo y a su doctrina como por su resistencia a participar en la guerra y convertirse en aliados políticos de Alemania. La mayor parte eran encarcelados o reclusos en campos de concentración, y más de 100.000 fueron deportados a Alemania para obras serviles. Pero estas vejaciones no disminuyeron la resistencia pasiva de los lituanos. Las repetidas promesas de libertad hechas por las grandes democracias occidentales hasta para las pequeñas naciones y los pequeños Es-

tados confortaban siempre su ánimo en la dura lucha por la libertad e independencia política.

Una nueva calamidad sobrevino en el mes de julio de 1944, cuando las batallas entre los ejércitos germánico y soviético se daban en territorio lituano y las tropas soviéticas ocuparon nuevamente nuestra región. Muchas ciudades y aldeas fueron completamente destruidas. A medida que se replegaban los alemanes destruían e incendiaban todo lo que se les presentaba en el camino, siempre que tenían suficiente tiempo para ello. El campo de batalla se estabilizó dos veces por bastante tiempo en el mismo lugar. En cada una de esas circunstancias tanto los germanos como las tropas soviéticas llevaban por la fuerza a los habitantes lejos de los lugares ocupados. De este modo muchos millares de lituanos eran obligados a refugiarse en Alemania, donde la mayor parte debieron vivir en difícilísimas condiciones y trabajar con los cautivos de guerra en los campos de batalla. Las autoridades soviéticas hacían lo mismo con los lituanos que caían en sus manos.

Hay en Alemania cierto número de lituanos que por su propia voluntad se establecieron en ella, queriendo huir del terror soviético, la exterminación, las cárceles y la deportación a la Unión Soviética. Entre ellos había algunos millares de los que ya antes habían sufrido en las cárceles soviéticas de 1940 a 1941 y por la sola causa de que no eran comunistas ni querían adherirse al comunismo. Buscaron refugio en Alemania porque no había otra región en que pudiesen encontrar asilo.

Así, pues, por estas diversas causas, por deportación, evacuación y fuga, vinieron a Alemania cerca de 200.000 lituanos, de los cuales la mayor parte eran intelectuales o personas cultas. Entre ellos se contaban tres obispos y unos 250 sacerdotes. Todos los exilados lituanos son católicos de diversas edades, profesiones y condiciones de vida.

Todos los lituanos que podían hacerlo, de la misma manera que los letones y estonios, a fin de no caer en manos soviéticas, se refugiaron en las regiones de Alemania que ahora están ocupadas por los ejércitos de Estados Unidos, Inglaterra y Francia, y temen volver a su respectiva patria mientras dominan en ella los comunistas soviéticos.

Porque todos nosotros hemos conocido el régimen soviético nuestra propia experiencia y la opinión que de él hemos formado se diferencia completamente de la que se ha formado entre la mayoría por medio de la propaganda soviética.

Nos parece que las Naciones Unidas de Occidente no han tenido en cuenta o no han hecho caso de la presencia en Alemania de personas extrañas de esta categoría, las cuales no podrán volver a sus regiones mientras éstas permanezcan bajo el régimen soviético.

Lo cual hace más dura la suerte de estos infelices desterrados. Por lo tanto, nosotros, sus pastores y jefes espirituales, cuando vemos continuamente a nuestros fieles caer en la miseria y en la angustia y cuando, al mismo tiempo, nos acordamos de los males que padecen nuestros hermanos que permanecieron en Lituania, no podemos dejar de manifestar nuestros temores y los de nuestro pueblo católico a vuestras excelencias reverendísimas, y por vuestro intermedio a todos los fieles, aunque no sabemos nosotros todo lo que al presente sucede en nuestra patria ocupada, que se ha convertido en una gran cárcel con sus calabozos fuertemente custodiados por la N. K. V. D. Por lo menos no nos es desconocido que el comunismo ateo no se ha hecho mejor, sino que permanece tal cual era en 1941. En ese infausto año, lo mismo que hoy, fueron prohibidos todos los libros y periódicos, exceptuando solamente los comunistoides, y al mismo tiempo estaba cortada cualquier comunicación con las demás naciones.

No solamente fueron prohibidas todas las asociaciones culturales, sino también las cofradías religiosas. Los emisarios soviéticos exigían a los sacerdotes católicos la promesa, firmada de su mano, de que no enseñarían el catecismo ni en la iglesia ni en las casas privadas. Estaba severísimamente prohibido frecuentar las escuelas en las cuales la instrucción religiosa era antes obligatoria en Lituania. No solamente no se permitía imprimir libros de oraciones, catecismos, hojas o periódicos católicos, sino que aun los libros que tratasen de

religión, por preciosos y rarísimos que fuesen, eran destruidos sin ninguna excepción al encontrarlos en las librerías o en las bibliotecas nacionalizadas. No pocos sacerdotes eran obligados, con encarcelamientos y diversos terrores, a acompañar a los oficiales de Seguridad Pública (N. K. V. D.) y tomar parte en el servicio de los exploradores y emisarios soviéticos. No solamente fueron cerrados todos los seminarios, sino que también fueron arrojados de sus casas todos los obispos y gran número de sacerdotes, sin darles siquiera posibilidad de encontrar otra habitación conveniente. Esta fué la "libertad religiosa", brevemente aquí delineada, bajo el régimen soviético, en los años 1940 a 1941, según nosotros la vimos con nuestros propios ojos y la experimentamos en nuestra propia vida. Con ovido de cualesquiera derechos nuestros y de las leyes de justicia y humanidad, sigue existiendo el peligro de que nuestra patria, la católica Lituania, sea reconocida política y jurídicamente como parte integrante de la Unión Soviética. Pero nosotros debemos declarar solemnísimamente ante Dios Omnipotente y ante su Hijo Salvador que la voluntad del pueblo lituano es recuperar su libertad nacional y política y restaurar su Estado independiente.

La nación lituana no consentirá de ninguna manera que se la convierta en una parte de Rusia, contra la cual por siglos enteros luchó ella en defensa de su vida, lengua, cultura y fe católica. Por estas razones es intolerable para el pueblo lituano la idea misma de someterse al yugo del comunismo ateo soviético.

Excelentísimos señores: La tremenda guerra parece ya terminada; vencedores y vencidos esperan la paz; se convocan conferencias y congresos de los que están al frente de los pueblos y ejercen principado en ellos con el fin de establecer las condiciones de la paz. En las públicas discusiones y deliberaciones suenan los nombres de las naciones que durante la guerra han padecido agresión y a las que se deben justas reparaciones. Y también los de los pueblos cuya libertad, aun después de acabada la guerra, está expuesta a no pequeño peligro. Pueblos, en una palabra, que necesitan de una nueva liberación.

Entre los pueblos de los que no se hace mención alguna ocupan el primer lugar las tres Repúblicas bálticas, entre las cuales se encuentra nuestra queridísima Lituania. Nos parece que ese silencio prepara la sepultura de nuestra libertad política. No queremos creer que los oradores y delegados de la Conferencia de San Francisco no tenían en su mente a estos pueblos, porque afirmaban solemnemente que acabada la guerra sería restituida la libertad a todas las naciones sin excepción.

Pero Lituania se encuentra hoy en tales circunstancias, que apenas puede decir nada públicamente acerca de sí misma. Acudimos, por consiguiente, a vosotros, excelentísimos señores, pidiendo auxilio para nuestros hermanos católicos.

Expuestas las aflicciones de nuestro pueblo, nosotros, por medio de esta carta nuestra, os rogamos encarecidamente que seáis abogados nuestros ante vuestros fieles con vuestra palabra pastoral, informándoles de nuestra mísera suerte; suplicamos que os dignéis interceder en la medida que os sea posible por los derechos de nuestro pueblo ante aquellos que son entre vosotros jefes del pueblo, los que presiden su Gobierno, para que, por lo menos en la Conferencia de la Paz, los delegados de vuestro Gobierno intercedan en favor de los derechos de nuestro pueblo a fin de que recuperemos nuestra vida libre e independiente y para que no reconozcan ni ratifiquen la violenta incorporación de Lituania a la Unión Soviética (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) como remuneración de su participación en la guerra contra Alemania.

Porque esta incorporación sería una injusticia que clamaría venganza al cielo, sería el triunfo de la mentira, prepotencia y violencias; sería la negación de los derechos humanos. Si los lituanos y otros cuya condición es parecida fueran reconocidos y confirmados en la Conferencia de la Paz como súbditos del totalitario y despótico régimen soviético, eso sería la sentencia de muerte de nuestra nación y su total exterminio, porque por medio de las deportaciones y otros crueles medios, que nosotros bien conocemos, nuestro pueblo en breve tiempo quedaría reducido a la nada.

Permitásenos, excelentísimos señores, implorar esta intervención en favor de nuestra nación para que se ponga fin a la exterminación y violencia que sigue ejerciéndose también ahora bajo la ocupación soviética. Hace ya cinco años que Lituania soporta el yugo de las ocupaciones y sufre la destrucción de su vida nacional. Muchos millares de inocentes lituanos están padeciendo destierro en regiones de la Unión Soviética y de Alemania; su más ardiente deseo es volver lo más pronto posible a su patria libre para no servir de carga a nadie, sino para vivir y trabajar en el suelo patrio, en sus propias casas, atendiendo también al bien de toda la Humanidad. Apelamos a los excelentísimos obispos de todo el orbe católico, suplicándoles que quieran ayudarnos a conseguir este santo y justo deseo de nuestro pueblo. El miserable estado en que se encuentran los lituanos dispersos en las regiones de toda Alemania nos mueve a pedir encarecidamente, por medio de los excelentísimos obispos, el auxilio de los católicos de las diversas naciones para aliviar las necesidades de los que viven reducidos a extrema indigencia. Muchos de éstos están obligados a trabajar en la Alemania devastada, en difícilísimas condiciones, careciendo de vestido, de alimentos y de la necesaria asistencia médica.

Confianza grandemente en la Providencia Divina, en la caridad mutua entre los hombres, en el amor a la verdad, alimentamos la esperanza de que ha de llegar el tiempo en que los católicos lituanos puedan dar gracias a Dios Optimo Máximo y a aquellos de quienes se sirva la Divina Providencia para la liberación de nuestra patria, haciendo posible nuestra

vuelta a la patria ya libre, para que en adelante puedan los lituanos continuar con todas sus fuerzas la lucha por la justicia y por el reino de Cristo en la tierra, según la palabra de Su Santidad Pío XII, pronunciada en la respuesta a la alocución del ministro de Lituania ante la Santa Sede, afirmando el Vicario de Cristo que Lituania era el baularte del catolicismo en la Europa oriental septentrional.

Al dirigir esta carta a los excelentísimos señores obispos, queremos darles ya anticipadamente las gracias por todo el auxilio moral y material que presten al pueblo lituano.

Aprovechamos también con mucho gusto esta ocasión para expresar a vuestras excelencias nuestros sentimientos de profunda veneración y afecto.

Servidores adictísimos en Cristo:

† José Skvireckas, Arzobispo y Metropolitano de Kaunas, Asistente al Solio Pontificio.

† Vicente Brizgys, Obispo auxiliar de Kaunas.

† Vicente Padolskis, Obispo auxiliar de Vilkauskense.

Dada en el destierro, el día 8 de septiembre de 1945, fiesta de la Natividad de la Virgen".

P. D.—Todos los socorros en favor de los lituanos refugiados en Alemania y en Austria se han de dirigir a la *Union Suisse de Charité*, Lucerne, Mariahilfgasse, 3. Postcheck VII 1577—Luzern, especificando:

Pour la Charitas Lithnanienne.

(Traducción de "ECCLESIA")

COMENTARIO INTERNACIONAL

Al finalizar el año 1945

Periodo de transición

Termina el año 1945, año que señalará indudablemente un jalón importantísimo en la historia de la Humanidad. En el mismo hemos podido contemplar el término de uno de los más crueles azotes que se ha cernido sobre el mundo, y el comienzo práctico de varias tentativas encaminadas a impedir que desastres semejantes puedan desencadenarse de nuevo. Por esta razón, el año finaliza con un decisivo interrogante: ¿Sabrán encontrar los pueblos el verdadero sendero que conduce a la única paz posible?

Porque el dilema se nos presenta en toda su terrible realidad: O la paz de Cristo, la que nos enseña la Iglesia, o el reinado de la bomba atómica, que es lo mismo que decir el uso de la amenaza, mediante el rearme moral y material de las naciones, para imponer a viva fuerza una "paz".

Momentos trascendentales son los presentes. Las hostilidades en campo abierto han cesado, ciertamente, pero "nadie hay que ignore que ni para los hombres en particular, ni para la sociedad, ni para los pueblos, se ha seguido todavía una paz verdadera después de la guerra calamitosa, y que todavía se echa de menos la tranquilidad activa y fructuosa que todos deseamos" (1).

Graves conflictos surgen por doquier. Cualquier problema da origen, al ser objeto de estudio, a nuevas y fundamentales complicaciones, cuyo desenlace no es fácil adivinar.

¿Hasta qué punto serán capaces los dirigentes responsa-

bles de las naciones de hallar un grado mínimo de convivencia que no se oponga a la justicia, y que lleve involucrado el respeto a la integridad e independencia de todos los Estados?

La fase actual que estamos viviendo, constituye en realidad un "período de transición, amenazado por múltiples peligros y abrumado por el peso de incontables problemas nuevos en una pausa agitada por las fuertes repercusiones de la horrible guerra y por los *formidables obstáculos que obstruyen el camino hacia una paz durable y justa ante Dios y ante los hombres*" (2).

Estos *formidables obstáculos* son de diversa naturaleza, pero todos ellos son coincidentes en hacer imposible la formación de una atmósfera saludable en las relaciones entre los diversos países, base necesaria para una "reconciliación de verdad y duradera" (3).

"El superar tales impedimentos —sigue diciendo el Papa— será una premisa indispensable para la consecución de una paz de verdadero progreso y de sana libertad. En las páginas de la futura ordenación de esta paz, difícilmente llegarán a concretarse en una realidad viva y estable, sin la previa formación de una atmósfera de recíproca lealtad y, por consiguiente, de mutua confianza".

Para ello, es necesario que la virtud de la caridad no se halle ausente en las horas decisivas de la nueva estructuración del mundo.

(2) Discurso de S. S. el Papa Pío XII al embajador de la República Argentina, Excmo. Sr. Dr. Luis Castilleira.

(3) Pío XI. Enc. cit.

(1) Pío XI. Enciclica *Ubi arcano Dei*.

"Lo que necesita antes que nada el mundo, el pobre mundo desgarrado por los terribles años de guerra, en los que se dejó guiar por la pasión más que por la razón, es el alejamiento consciente de todos los insultos que inciten a la venganza y a la destrucción y una vuelta decidida a la sincera fraternidad, que ennoblece los sentimientos y las instituciones. Solamente la fuerza moral de una idea o de una fe cuya elevación y cuya potencia educativa dispongan de energía suficiente para contener dentro de los límites establecidos por Dios y exigidos por la dignidad humana el ansia de poder y la riqueza, conseguirá llevar a cabo tan profunda transformación de la conciencia" (4).

"Lo que se necesita —dice también el Pontífice— son hombres cuya visión discerna claramente los eternos principios del derecho, cuyo juicio sea recto y sereno y que tengan la denodada resolución de prestar todo el peso de su poder a la defensa de los derechos dados por Dios a todos, aun a los más débiles e indefensos de sus prójimos" (5).

Confusión en el mundo político

Tremenda es la responsabilidad de las naciones que prácticamente se han erigido en árbitros de los destinos mundiales. De las intenciones que guían los pasos de sus dirigentes, de la sinceridad de su conducta, depende en alto grado la justa y sólida estructuración de la sociedad de los pueblos.

¿Podemos sentirnos satisfechos de la complicada labor llevada a efecto?

"Estamos asistiendo a una monstruosa confusión en el mundo político. Muchos se reúnen al son de palabras que tienen para cada uno sentidos diferentes. A veces, las palabras no son sino el disfraz de instintos, pasiones o intereses que no quieren declararse. Como alguien notó, "el mundo no sabe a ciencia cierta lo que son la democracia, la libertad, la autoridad, la justicia, el orden, la familia, la patria, el patriotismo, la honra, la moral, el deber". Le faltan principios absolutos para juzgar; desconoce la verdadera naturaleza del hombre porque ha desconocido a Cristo y por Cristo a Dios, que lo creó y regeneró" (6).

Pues aun cuando se habla muy a menudo de civilización cristiana y de la defensa de los principios cristianos, se olvida que solamente la Iglesia de Dios, la Iglesia Católica, se halla "en posesión de la verdad y de la virtud de Cristo" (7).

Y sin embargo, téngalo muy presente los poderosos de la tierra, Jesucristo "tiene en su mano omnipotente el destino de los Estados, de los pueblos y de las naciones. En su mano está disminuir y prolongar la vida, el crecimiento, la prosperidad y la grandeza. De todo lo que existe en la tierra, sólo el alma es inmortal" (8).

Esta verdad parecen ignorarla los que se valen de todos los medios para conseguir sus fines, muchas veces inconfesables. ¡Con cuánta despreocupación se ha venido abusando de la propaganda, y lo que es más grave aun, haciendo uso deliberado de la mentira para infiltrar en los corazones el odio y la venganza, lanzando insensiblemente a la sociedad a su propia destrucción!

Y así la radio, auténtico "don de Dios", se emplea repetidamente por algunos, para sembrar la discordia, olvidando el respeto que se debe a la persona humana y a la sociedad.

Sobre este particular, el Romano Pontífice, ha dicho unas palabras categóricas: "Como toda gran invención, la radio puede usarse como un instrumento para el mal, lo mismo que para el bien; ha sido y es usada para esparcir calumnias, para seducir a la gente sencilla e ignorante, para destruir la paz en las naciones y entre las naciones" (9).

(4) Pío XII. Discurso cit.

(5) Discurso de S. S. el Papa Pío XII a unos miembros de la Comisión parlamentaria de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos. (13 de septiembre del presente año).

(6) Mensaje del Cardenal Patriarca de Lisboa. (Noviembre próximo pasado).

(7) Pío XI. Enc. cit.

(8) Pío XII. Enciclica *Summi Pontificatus*.

(9) Alocución de S. S. el Papa a varios directores de asociaciones radiofónicas de los Estados Unidos. (3 de septiembre del año en curso).

Alejamiento de Dios y de Jesucristo

Todo ello, indiscutiblemente, es fruto de aquel apartamiento de la verdadera doctrina de Cristo. Y su consecuencia ha de ser hacer inútiles todas las tentativas de conseguir una verdadera paz.

"Alejaronse en mal hora los hombres, de Dios y de Jesucristo, y por eso precisamente de aquel estado feliz han venido a caer en este torbellino de males, y por la misma razón se ven frustradas y sin efecto la mayor parte de las veces las tentativas para reparar los daños y para conservar lo que se ha salvado de tanta ruina" (10).

Y más adelante añade el propio Pontífice: "De poco valdrá una exterior apariencia de paz, que hace que los hombres se traten mutuamente con urbanidad y cortesía; sino que es necesaria una paz que llegue al espíritu y le tranquilice e incline y disponga los hombres a una mutua benevolencia fraternal. Y no hay semejante paz si no es la de Cristo".

Veamos, si no, lo que está sucediendo en el mundo. Háblase continuamente de libertad, de liberación, de democracia, y a renglón seguido, pueblos enteros son entregados a la voracidad de los grandes estados, por el solo delito de no contar con fuerzas suficientes para hacerse respetar su derecho a una vida libre e independiente.

No queremos extendernos, por nuestra parte, sobre tales hechos. Vamos a recordar las palabras autorizadas de los obispos norteamericanos sobre la anexión por Rusia de los Estados bálticos, claro ejemplo de lo que viene sucediendo en muchas partes.

"Leyendo las relaciones oficiales —dicen en su citada declaración— sobre las negociaciones de paz en curso, estamos admirados del silencio de mal agüero que las tres grandes potencias guardan sobre Lituania, Estonia y Letonia. Contrariamente a las declaraciones solemnes de nuestros Gobiernos hace cuatro años y a las seguridades de las autoridades soviéticas aun antes de esta época, todo parece indicar que estos tres países serán absorbidos sin su consentimiento dado libremente y sin ninguna coacción en un sistema de gobierno que les es extraño. La simpatía de todos los amigos de la libertad va hacia ellos en su desgracia.

"Esperamos que en el momento en que se redacte y apruebe el tratado de paz definitiva no se tenga que comprobar que nuestro país ha aceptado la servidumbre de estas naciones que aman la libertad" (11).

Hasta aquí la Jerarquía norteamericana.

La tragedia de los Países Bálticos

Un documento más reciente nos habla de la grandiosa tragedia que está viviendo Lituania, y que podemos aplicar de un modo semejante a Estonia y Letonia. Se trata del mensaje dirigido por los obispos de Lituania a los obispos del orbe católico, cuyo texto reproducimos íntegramente en otro lugar de este mismo número, y del cual queremos reproducir aquí algunos fragmentos que consideramos altamente reveladores.

Dicen así:

"Las afirmaciones de la propaganda moscovita sobre la agregación libre y voluntaria de Lituania a la Unión Soviética son completamente infundadas. Nosotros mismos nos encontrábamos entonces en Lituania y hubimos de sufrir, con todo nuestro pueblo, el cruento terror de las persecuciones, vejaciones y humillaciones. Nadie se cuidaba de explorar cuál fuese la verdadera voluntad del pueblo; todo se hacía por los emisarios soviéticos del llamado Servicio de Seguridad Pública (G. P. E. — N. K. V. D.), con la ayuda del Ejército rojo soviético.

"Verdad es que los comunistas encontraron algunos cooperadores en Lituania, pero éstos fueron poquísimos, personas sueltas; el pueblo en masa permaneció ajeno a todo lo que se hacía.

(10) Pío XI. Enc. cit.

(11) Declaración de la Jerarquía norteamericana, publicada el 14 de abril del presente año.

A LA LUZ DEL VATICANO

"Pronto se manifestó la verdadera voluntad del pueblo; porque los días 22 al 26 del mismo mes de junio de 1941 se produjo la insurrección universal del pueblo contra los invasores soviéticos, constituyéndose el nuevo Gobierno lituano, compuesto de representantes de todos los partidos patrióticos.

"Este Gobierno proclamó la restauración de la autoridad pública y la independencia del Estado lituano, decretando la anulación de cualquier régimen soviético.

"Pero lo que más se ha de lamentar es que la ocupación germano-nazista, que sucedió a la anterior, disolvió inmediatamente el Gobierno lituano restaurado y estableció su propia administración, especialmente la Generalbezirk Lituania.

Se refiere después, el mensaje, a la situación actual del país:

"Porque todos nosotros hemos conocido el régimen soviético, nuestra propia experiencia y la opinión que de él hemos formado se diferencia completamente de la que se ha formado entre la mayoría por medio de la propaganda soviética".

Una injusticia que clamaría venganza al Cielo

"Nos parece que las Naciones Unidas de Occidente —sigue diciendo el mensaje— no han tenido en cuenta o no han hecho caso de la presencia en Alemania de personas extrañas de esta categoría, las cuales no podrán volver a sus regiones mientras éstas permanezcan bajo el régimen soviético.

"Lo cual hace más dura la suerte de estos infelices desterrados. Por lo tanto, nosotros, sus pastores y jefes espirituales, cuando vemos continuamente a nuestros fieles caer en la miseria y en la angustia, y cuando, al mismo tiempo, nos acordamos de los males que padecen nuestros hermanos que permanecieron en Lituania, no podemos dejar de manifestar nuestros temores y los de nuestro pueblo católico a vuestras excelencias reverendísimas, y por vuestro intermedio a todos los fieles, aunque *no sabemos nosotros todo lo que al presente sucede en nuestra patria ocupada, que se ha convertido en una gran cárcel con sus calabozos fuertemente custodiados por la N. K. V. D. Por lo menos no nos es desconocido que el comunismo ateo no se ha hecho mejor, sino que permanece tal cual era en 1491.* En ese infausto año, lo mismo que hoy, fueron prohibidos todos los libros y periódicos, exceptuando solamente los comunistoides, y al mismo tiempo estaba cortada cualquier comunicación con las demás naciones.

"No solamente fueron prohibidas todas las asociaciones culturales, sino también las cofradías religiosas. *Los emisarios soviéticos exigían a los sacerdotes católicos la promesa firmada de su mano, de que no enseñarían el catecismo ni en la iglesia ni en las casas privadas. Estaba severísimamente prohibido frecuentar las escuelas en las cuales la instrucción religiosa era antes obligatoria en Lituania.* No solamente no se permitía imprimir libros de oraciones, catecismos, hojas o periódicos católicos, sino que aun los libros que tratasen de religión, por preciosos y rarísimos que fuesen, eran destruidos sin ninguna excepción al encontrarlos en las librerías o en las bibliotecas nacionalizadas. No pocos sacerdotes eran obligados, con encarcelamientos y diversos terrores, a acompañar a los oficiales de Seguridad Pública (N. K. V. D.) y tomar parte en el servicio de los exploradores y emisa-

rios soviéticos. No solamente fueron cerrados todos los seminarios, sino que también *fueron arrojados de sus casas todos los obispos y gran número de sacerdotes, sin darles siquiera posibilidad de encontrar otra habitación conveniente".*

Tratan después los obispos lituanos de las conferencias internacionales, en las cuales se hace referencia de los pueblos que han sufrido la agresión armada, y añaden:

"Entre los pueblos de que no se hace mención alguna, ocupan el primer lugar las tres Repúblicas bálticas, entre las cuales se encuentra nuestra queridísima Lituania. Nos parece que ese silencio prepara la sepultura de nuestra libertad política. No queremos creer que los oradores y delegados de la Conferencia de San Francisco no tenían en su mente a estos pueblos, porque afirmaban solemnemente que acabada la guerra sería restituida la libertad a todas las naciones sin excepción".

La incorporación de Lituania a la Unión Soviética, afirman los expresados obispos, *"sería una injusticia que clamaría venganza al cielo, sería el triunfo de la mentira, prepotencia y violencia; sería la negación de los derechos humanos"; "sería la sentencia de muerte de nuestra nación y su total exterminio" (12).*

El precio de la paz

Las palabras dolorosísimas de los obispos lituanos, nos recuerdan la firme advertencia de Su Santidad dirigida a personajes destacados en el mundo político:

"Ningún agente humano podrá sondear la profundidad y medir la extensión y amplitud de los sufrimientos, las penas, las angustias y la horrible desolación que ha torturado los cuerpos y las almas de los hombres durante estos largos y largos años. Todo esto viene a dar, según los cálculos humanos, el precio con que se debe pagar una estable y durable paz. Pero, *¿puede bastar esto? Dios sabe, y los hombres de recto criterio lo debían saber, que la paz se adquiere con muy distintos valores: fidelidad, justicia, caridad. A ningún otro precio se puede obtener la paz" (13).*

Estas palabras del Romano Pontífice, son altamente significativas.

Se trata de saber si los valores morales tendrán en la futura organización mundial un más elevado predicamento que los simples valores materiales.

¿Escucharán los pueblos las enseñanzas de la Iglesia, y las pondrán en ejecución?

Este ha de ser el deseo de todos: "Que nazca un verdadero, justo y equitativo nuevo orden; que se cicatricen las heridas y se sanen los profundos males morales y materiales que toda guerra produce, de extensión e intensidad proporcionados a la extensión e intensidad de la misma guerra; que para ello se sigan las paternales admoniciones que el Vicario de Cristo, con su elevado magisterio, ha dado sin cesar durante todo el sangriento conflicto y al fin del mismo" (14).

José-Oriol Cuffi Canadell

(12) Carta colectiva de los Obispos lituanos, de 8 de septiembre de 1945.

(13) Alocución de S. S. Pío XII a un grupo de representantes del Congreso de los Estados Unidos. (17 de septiembre del presente año).

(14) Carta Pastoral del Cardenal Arzobispo de Toledo, de 28 de agosto del año en curso.

CON CENSURA ECLESIASTICA

Cuevas de Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá

"SPES"

REVISTA DE ACCION CATOLICA

PLAZA DE TRENCO, 1
PONTEVEDRA

Revista

JAVERIANA

Editada por la Pontificia
Universidad Católica
Javeriana de

BOGOTÁ
(Colombia)

REVISTA DE MENORCA

PUBLICACION DEL
ATENEO
CIENTIFICO,
LITERARIO
Y ARTISTICO



Redacción y Administración
Plaza de José Antonio, 7

MAHON